

PUNTO
ROJO

las arañas

clark carrados



BB



CLARK CARRADOS

LAS ARAÑAS

Colección
PUNTO ROJO n.º 158
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B 9.427 - 1965

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo 1965

© CLARK CARRADOS - 1965
sobre el texto literario.

© DESILO - 1965
sobre la cubierta

© COSTA 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 949/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
889 — El revólver en la mano.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
768 — La rata.
- En Colección BUFALO:
582 — Contratado para matar.
- En Colección CALIFORNIA:
431 — El emisario de hierro.
- En Colección COLORADO:
386 — Pista mortal.
- En Colección KANSAS:
330 Signo \$: ¡Muerte!
- En Colección BRAVO OESTE:
221 — La senda del plomo.
- En Colección PUNTO ROJO:
154 — La casa de los mil ojos.
- En Colección TEXAS:
459 — Ciudad ardiente.
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
131 — La piel a tiras.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
53 — Trampa contra sí mismo.
- En Colección ASES DEL OESTE:
310 — Rancho Panteón.

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha dormía apaciblemente en la cama. Un rayo de luna penetraba a través de la ventana abierta e iba a dar en su rostro, iluminándolo con suaves resplandores. Los rubios cabellos, esparcidos a modo de abanico de oro sobre la almohada, despedían singulares destellos. Uno de sus brazos aparecía fuera del cobertor y se veía redondo y mórbido, de piel blanca y satinada.

De pronto, se agitó inquieta. Sus labios se movían irregularmente, emitiendo murmullos ininteligibles.

Estaba bajo el influjo de una pesadilla.

Minúsculas gotitas de sudor aparecieron en su frente. Su cuerpo se arqueó un instante. El terror deformó sus facciones.

La pesadilla era horrible. Había en ella arañas, muchas arañas.

Y también un hombre.

Las arañas no tenían cara. Pero el hombre tampoco. No podía saber quién era.

May Canfield se veía a sí misma en el fondo de un túnel, acompañando al individuo, el cual manejaba con recio esfuerzo un pico y una pala. El túnel estaba iluminado por una lámpara de minero.

¿Cuándo había estado ella en el túnel? ¿El año pasado o hacía un siglo?

Veía al pico despedir chispas de cuando en cuando al chocar contra la dura roca. Este era un detalle que se le había grabado indeleblemente. De pronto, el hombre había puesto al descubierto una caja de metal, el cual aparecía cubierto de herrumbre, como si llevase en el túnel muchísimo tiempo.

Y de pronto aparecían las arañas. Una de ellas, surgiendo impensadamente, había picado al hombre en la mano izquierda.

El hombre había emitido un agudo chillido de desesperación, el terrible lamento de un ser que se sabía irremisiblemente condenado, la queja atronadora de una persona que no tenía salvación.

Esto había durado un par de segundos. Enseguida habían venido las arañas.

Más arañas, muchas arañas. A cientos, a miles, formando espesos batallones, inmensas manadas que ennegrecían el suelo y parte de las paredes del túnel. Muchas, también, venían por el techo y se descolgaban súbitamente, cayendo sobre sus compañeras y uniéndose a estas en su irresistible marcha.

El hombre estaba perdido y lo sabía. Una picadura de uno de aquellos

arácnidos era mortal. En pocas pero terribles horas, llegaba el fin.

May estaba a su lado, contemplando con ojos aterrorizados el irrefrenable avance de aquella marea negra. El espanto había inmovilizado sus piernas.

En pocos segundos más, las arañas cubrirían su cuerpo. Algunas de ellas trepaban ya por las piernas del hombre, cuyo rostro aparecía sacudido por frecuentes espasmos de dolor y al que el veneno del arácnido causaba ya una parálisis progresiva, que dificultaba considerablemente sus movimientos.

De pronto, el hombre lanzó un grito:

—¡May! ¡Vete! ¡Corre, huye, sálvate! ¡Escapa, yo estoy perdido! ¡Huye y vuelve un día, dentro de muchos años, cuando seas mayor! ¡Lo que hay en esta caja será para ti! ¡Vete, May, vete!

Los gritos del hombre habían obrado a modo de revulsivo en la niña, pues entonces era May una niña de corta edad. Aterrorizada, lanzando agudos chillidos, dio media vuelta y echó a correr.

Gritaba, gritaba... hasta que el sonido de sus propios gritos la despertó.

Sentóse bruscamente en el lecho, bañada en sudor de los pies a la cabeza. ¿Hasta cuándo se repetiría aquella horrible pesadilla?

Se tapó la cara unos instantes, mientras su esbelto cuerpo sufría unos convulsivos estremecimientos que, poco a poco, sin embargo, fueron disminuyendo hasta aquietarse del todo.

¿Por qué tenía aquellas pesadillas con tanta frecuencia? ¿De dónde había sacado ella la espeluznante visión del túnel poblado por millares de feroces arácnidos? ¿Quién había imbuido en lo más profundo de su subconsciente aquella horripilante escena?

No podía recordar dónde se había producido, ni cuánto lempo hacía, ni aun siquiera estaba segura de que fuese verdad y no un producto de su imaginación sobreexcitada.

¿Era cierto que ella había estado una vez, cuando aún era una niña, en un túnel, con un hombre, y que habían sido atacados por centenares o quizá millares de arañas?

Sufrió un nuevo estremecimiento. ¿No podría librarse nunca de aquella horrible visión, que solo le acometía en los períodos de sueño?

Tendría que consultar a la mañana siguiente con el doctor Burcott. El siquiatra le arrancaría a la fuerza aquella sección de sus memorias, haciéndola desaparecer para siempre.

Respiró hondamente. Se quitó las manos de la cara y abrió los ojos. Tomaría un sedante para conciliar el sueño tan espantosamente interrumpido.

Y entonces divisó a la araña.

Era enorme, peluda, del tamaño de una mano y con patas como el

meñique de una persona. Estaba a los pies de la cama y la miraba fijamente son sus menudos y malignos ojuelos, cruzando y descruzando los artejos delanteros, como relamiéndose por anticipado con el festín que le esperaba.

Levantó dos de las patas y se las frotó por encima de la cabeza. Casi podía advertirse la satisfacción del horrible insecto.

May Canfield estaba sentada en la cama, con los ojos dilatados por el espanto y la respiración en suspenso. El horror paralizaba sus músculos.

De pronto, la araña dio una pequeña carrera por la cama, llegando a la altura de las rodillas de la muchacha.

El grito se escapó de sus labios incontinentemente. Aterrorizada, saltó del lecho semidesnuda y sin calzarse siquiera, corrió a la puerta.

Asió el pomo. La puerta estaba cerrada con llave.

Gritó con toda la fuerza de sus pulmones, pidiendo que la abrieran. El terror era el motor absoluto de todos sus actos.

Solo tenía una obsesión en su mente: huir, huir de aquella horrible habitación... escapar fuera de ella a cualquier precio.

Pero la puerta estaba cerrada con llave. ¿Quién la había cerrado?

Golpeó la madera con los puños una y otra vez, mientras gritaba incoherentemente. Creyó oír rumor de voces y pasos apresurados al otro lado de la puerta.

Volvió la cabeza un poco. Ahora, la araña había saltado de la cama y estaba en el centro de la habitación, disponiéndose a efectuar con mayor éxito el ataque que había fracasado unos segundos antes.

Aquello resultó demasiado para May Canfield. Sus nervios saltaron; ya no podían resistir más el terror de aquella situación. En determinadas circunstancias de padecimiento físico o mental, el cuerpo humano posee un recurso infalible para eludir tal sufrimiento: el desmayo. May cerró los ojos, emitió un profundo suspiro y se deslizó lentamente hasta el suelo, en donde quedó hecha uno ovillo al pie de la puerta.

* * *

Hacía un sol radiante. El día se anunciaba caluroso.

Hunny Nelson, alguacil del pequeño pueblo de Frecko, abandonó su oficina y salió a la puerta de la misma, colocándose en la sombra del porche.

Era un hombre joven, de cerca de treinta años, alto y fornido, con cabellos oscuros y ojos negros. Su tez aparecía tostada, indicio seguro de que le gustaba más permanecer al aire libre que no ahogándose entre las cuatro paredes de su oficina.

Sacó un paquete de tabaco del bolsillo, extrajo un cigarrillo y, tras unos golpecitos en la uña del pulgar, se lo colocó en los labios. Aspiró el humo

con complacencia no disimulada.

El pueblo aparecía tranquilo. Claro que tampoco existían motivos para que dicha tranquilidad se alterase. Había unos mil habitantes y las relaciones de convivencia mutua solían ser satisfactorias.

A medio kilómetro escaso pasaba la autopista que conducía hacia el Oeste a través del desierto. La calle Mayor de Frecko era amplia y permitía ver el amplio camino desde su oficina. La circulación de vehículos era bastante intensa ya.

Un ramal de carretera unía al pueblo con la autopista. De pronto, Nelson vio que un automóvil blanco se salía de la autopista y tomaba la dirección del pueblo.

Un hombre se le acercó inesperadamente. Tenía unos cincuenta años y sus ojillos grises poseían una astuta perspicacia, con una buena dosis de socarronería, que se reflejaba en su casi perpetua sonrisa. En su mano izquierda sostenía un maletín negro.

Era el médico local, doctor Casey.

—¿Tomando el sol, Hunny? —preguntó con buen humor.

El joven volvió la cabeza.

—Hola, *doc*, buenos días —saludó con amplia sonrisa—. Hasta cierto punto —contestó a la pregunta del galeno—. En Frecko no se puede tomar mucho el sol, de lo contrario, se cuece uno en pocos minutos.

—Entonces, estabas contemplando esa ambulancia que, según parece, lleva el camino del sanatorio del doctor Burcott —apuntó Casey.

La ambulancia se acercaba rápidamente.

—Así es —convino Nelson—. Oiga, doctor, usted que entiende de estas cosas, ¿cree que resulta conveniente para los enfermos de la cabeza un sanatorio situado en pleno desierto? Yo creí que les mejoraría mucho más hallarse en las montañas... ya sabe usted, pinos, abetos, un lago azul, la brisa, picos nevados al fondo... Es un paisaje mucho más interesante y me parece a mí, más tranquilizador para los nervios que este desierto árido y terriblemente desolado.

El doctor Casey se encogió de hombros.

—Muchacho, yo soy un médico de la vieja escuela. Hoy los siquiátras emplean los medios más raros y absurdos para curar; y lo raro es que, aunque pueda parecer mentira, a veces lo consiguen. El doctor Burcott habrá estimado que en el desierto puede conseguir mejores resultados que en las montañas.

—Una terapéutica un poco rara, a mí entender. ¿Se dice así? —preguntó Nelson aprensivamente.

Casey se echó a reír.

—Sí, la palabra es correcta. Bueno, todos los médicos conocemos un truco u otro para lograr curaciones allá donde otros han fracasado. Para

Burcott, el espectáculo de la puesta del sol en el desierto es algo único, un magnífico sedante para los quebrantados nervios de sus pacientes. Yo he estado allí un par de veces y, créeme, lo tiene todo bastante bien instalado.

—Pero no demasiados pacientes —murmuró Nelson—. Según creo, no llegan a media docena.

—Bueno, como quien dice, acaba de instalar el sanatorio. A medida que se produzcan curaciones, aumentará su fama y los pacientes acabarán por atestar los cuartos de la casa del viejo Abner Hill.

El enorme caserón se divisaba hacia el otro lado de la calle, ya adentrado en el desierto y a cosa de dos kilómetros de la ciudad. Hunny Nelson se preguntó cómo era posible que alguien hubiese tenido el humor de construir un palacio semejante en pleno desierto de Arizona, en un lugar donde no había más que cactus, choyas y mezquitas como vegetales, y serpientes de cascabel, arañas y escorpiones en lo referente al reino animal. No resultaba extraño, pues, que a la muerte del constructor, el que todo el mundo había considerado chiflado Abner Hill, nadie hubiese querido adquirir aquel edificio. Este había permanecido deshabitado durante largos años, hasta que el doctor Burcott había tenido la idea de comprarlo y reacondicionarlo para instalar allí su sanatorio dedicado a la curación de los enfermos mentales.

La ambulancia se detuvo de pronto frente a la pareja. El conductor asomó la cabeza por la ventanilla. Distinguió en el acto la estrella que el joven ostentaba en la pechera de su camisa aquí.

—Buenos días, alguacil —saludó—. ¿Voy por buen camino para llegar al sanatorio del doctor Burcott?

Nelson tendió la mano hacia el Norte.

—Es aquel caserón que se divisa a lo lejos —contestó.

CAPÍTULO II

El doctor Burcott miraba su reloj, mientras tenía la muñeca de May Canfield sujeta con el índice y el pulgar de la mano derecha.

May le contemplaba, ansiosamente. Su rostro, blanco como las sábanas del lecho en que se hallaba, reflejaba claramente los terribles momentos vividos durante la noche precedente.

Burcott soltó por fin la muñeca de la joven. Sonrió.

—El cuerpo está perfectamente —dijo—, la mente, en cambio...

—¿Sí, doctor? —dijo May con voz débil.

Había una mujer a los pies del lecho, presenciando la escena silenciosamente. Era alta, de formas generosamente redondeadas y cabellos de un intenso color negro, en cuyo rostro fulguraban dos pupilas de un tono verde tan vivo como el de las esmeraldas auténticas. Vestía una bata blanca, corta, de mangas hasta más arriba del codo, y tenía en las manos un lápiz y un bloc de papel.

—Su mente me preocupa, muchacha —dijo el siquiatra, sentándose en tono confianzudo a los pies de la cama—. Esas visiones de arañas que trepan por su cama y corren por el suelo de la habitación...

—Pero, doctor —protestó May con vehemencia—. Le juro que la tarántula estaba aquí, en mi cuarto. La vi con toda claridad, como le veo a usted...

Burcott meneó la cabeza.

—Es absolutamente improbable que una araña, a menos que sea de un tamaño microscópico, haya pedido penetrar en este cuarto, señorita Canfield. La ventana estaba herméticamente cerrada; usted sabe que la climatización interna de la casa y la total renovación del aire por medios mecánicos hace innecesario dormir con las ventanas abiertas. Además —sonrió—, no todos mis pacientes son tan mansos como usted; algunos son acometidos de cuando en cuando por ataques de locura furiosa y si los cristales de las ventanas de su cuarto no fueran irrompibles, solo Dios sabe la clase de desatinos que podrían cometer.

Burcott sacó un cigarrillo. Obsequiosamente, la mujer de la bata blanca sacó un mechero del bolsillo y se lo encendió.

—Gracias, señora Rogers —dijo Burcott. Continuó—: Por otra parte, también sabe que, antes de dormirse, dos enfermeros entraron en la habitación y registraron minuciosamente todo, incluidas la ropas de la cama, deshaciéndola y volviéndola a hacer, como usted misma presencié, para que no hubiese lugar a dudas. El forro del colchón estaba intacto, por

lo que no se puede alegar que la tarántula estuviese dentro y saliera a la media noche, que es cuando usted la vio. Además —agregó el siquiatra con amplia sonrisa—, cuando acudimos a sus gritos y nos la encontramos desmayada, hubiéramos tenido que ver indefectiblemente a la araña... seguramente sobre su propio cuerpo, y no estaba. Una tarántula —concluyó —, no es animal que se esconda tan fácil mente en una habitación como esta, donde tan pocos lugares hay para esconderse.

May se pasó una mano por la frente.

—Entonces, ¿cómo es posible que yo la haya viste con tanta realidad como les estoy contemplando ahora a ustedes?

El doctor Burcott emitió una sonrisa benevolente.

—La palabra fobia significa horror. Horror a algo, a una cosa determinada, en su caso a las arañas. Usted padece de una aracnofobia, derivada de un suceso que presencié hace muchos años y que se le grabó de tal modo en su mente, que ya no lo ha podido borrar más. Ese recuerdo, aquella escena, que indudablemente debió ser espantosa, está agazapado en su subconsciente, y mando la mente se relaja en determinadas ocasiones, por ejemplo durante el sueño, surge a la superficie y le produce esas pesadillas que tanto la aterrorizan. Las pesadillas, muchas veces, se confunden con la realidad, y usted cree ver una araña subiéndose por su lecho o persiguiéndola por la habitación, cuando lo cierto es que no se trata sino de una ilusión de sus sentidos sobreexcitados por el súbito y momentáneo resurgimiento de aquel suceso que usted presencié, seguramente siendo una niña, que es cuando los hechos se graban con más profundidad en nuestra mente. No hay más, mí querida señorita Burcott.

May se quedó muy pensativa después de haber escuchado las palabras del doctor.

—Pero algún modo habrá de librarme de esas pesadillas, digo yo — exclamó al cabo.

Burcott volvió a sonreír.

—¿Para qué estamos aquí, sino para conseguirlo? Pero, en su caso, nos va a ser mucho más difícil, precisamente por lo que acabo de decir hace unos momentos: el hecho se produjo cuando usted tenía unos pocos años de edad, cuando la mente humana es infinitamente más receptiva que en estado adulto y capta los sucesos con unas dimensiones completamente distintas a las que tienen en la realidad y a las que ven las personas mayores. Le pondré un ejemplo, señorita Canfield. ¿Fue alguna vez al circo, de pequeña?

—Sí, doctor —contestó la muchacha.

—El elefante es un animal enorme. Pero lo parece aún más de lo que es en la realidad. Los ejemplares de cuatro metros de altura son más bien raros; los que solemos ver en cautividad tienen tres metros, tres y medio

cuando más. A usted, siendo una niña de pocos años, debió parecerle aquel elefante un animal monstruoso... digo monstruoso en el sentido de su tamaño físico. Después, cuando ya se hizo mayor, volvió a ver elefantes y... ¿a que le parecieron mucho más pequeños que cuando era solamente una chiquilla?

La muchacha sonrió.

—Tiene usted razón, doctor —dijo.

—Pues eso es lo que le pasa a usted con su aracnofobia. Probablemente vio arañas, quizá un nidal, y su mente infantil hizo aumentar ese número en cantidades exorbitantes, hecho que es el que, oculto en las profundidades de su subconsciente, surge de cuando en cuando a la superficie y, aumentado por una peculiar hiperestesia, le produce esas pesadillas. Que nosotros vamos a curar, sin duda alguna.

Pero... —May vaciló.

—Adelante, señorita Canfield —dijo el médico—. Hable sin temor; exponga lo que tenga que decir.

—He oído hablar del hipnotismo para curar ciertas enfermedades mentales —sugirió débilmente la muchacha.

Burcott meneó la cabeza.

—Es un método que solo da resultado en determinados casos. Además, con usted apenas acabamos de empezar. Es preciso dejar pasar un tiempo y estudiar bien todos sus síntomas, antes de adoptar un procedimiento que quizá pudiera mostrarse ineficaz, pese a todo. No siempre una medicina cura a todos los enfermos; hay quienes la rechazan orgánicamente e incluso pueden morir si la ingieren. A usted podría pasarle algo parecido con el hipnotismo... no morir precisamente, claro está, sino agravarle su dolencia mental. Por ahora, prefiero emplear mis métodos propios: tranquilidad, largos paseos, ausencia de preocupaciones y... sobre todo, dormir, mucho dormir.

—Pero sin sedantes —se lamentó la muchacha.

Burcott se puso en pie.

—Por principio soy netamente opuesto a la administración de sedantes a mis pacientes, a menos que se trate de un caso extremadamente grave y solo de una manera momentánea, accidental. El sedante proporciona sueño y tranquilidad, es cierto, pero también crea hábito y esto, a la larga, puede resultar funesto. Mi método, para casos como el suyo, es tranquilidad, ausencia de preocupaciones, largos paseos por el campo, comidas sanas y rices en calorías, pero escasas en toxinas animales. Es un método algo anticuado, quizá, y largo de aplicar y hasta lento en sus resultados, pero rara vez resulta fallido, se lo aseguro.

“Vístase ahora, después de una buena ducha de agua bien fría. Salga, pasee libremente, por el campo, por el desierto; incluso puede ir a ese

pequeño pueblo que está tan cerca. Allí hay un cine, creo, pero no deje de regresar al sanatorio antes que se haga de noche —Burcott sonrió—. Creo que es usted el único paciente con quien hago semejantes excepciones; los otros no pueden salir si no es bien acompañados por algunos de los enfermeros que hay en el sanatorio. Eso es todo por ahora, señorita Burcott.

El médico y su enfermera abandonaron la habitación. May se quedó sola, mordiéndose el labio inferior con gesto preocupado.

¿Era posible que la mente le jugase tan malas pasadas como hasta llegar al extremo de ver una araña estando completamente despierta?

Las otras arañas no habían sido reales; habían aparecido en el curso de una pesadilla, y al alcanzar esta su *clímax*, el estallido de su mente la había despertado. Pero, en cambio, ella ya estaba despierta al ver la tarántula sobre el lecho.

Por otra parte, sin embargo, el siquiatra tenía razón; una tarántula es un insecto lo suficientemente grande como para no poder ocultarse en ningún rincón de una estancia que tan pocos escondites presentaba. Los muebles eran nuevos, metálicos; las paredes estaban recién pintadas, no había viguería de madera en cuyos orificios, producidos por la carcoma, pudiera esconderse un insecto semejante; la ventana estaba, cerrada... y los que la habían hallado desmayada al pie de la puerta, tendrían que haber visto la tarántula al entrar en el dormitorio.

¿Qué le ocurría? ¿Por qué veía aquellas horribles imágenes?

Todo derivaba de aquel suceso que había presenciado siendo una niña y que, como el doctor Burcott había dicho, estaba influyendo constantemente sobre su vida mental. Era preciso deshacerse del fatídico recuerdo... pero, ¿cómo lograrlo?

Lanzando un suspiro, echó a un lado el cobertor y se puso en pie. Para conseguirlo, precisamente, estaba en aquel sanatorio.

Media hora más tarde, se había vestido y aseado. Buscó un sombrero de paja de anchas alas y unas gafas oscuras y salió de la habitación.

Se encontró con un enfermero, recto y fornido, que acompañaba a uno de los pacientes del doctor Burcott. La señora Rogers, enfermera jefe y administradora del sanatorio, pasó por su lado, dirigiéndole una breve y animadora sonrisa.

Salió del caserón. El desierto, infinito, árido, desolado, de insuperable belleza dentro de su inigualable salvajismo, se extendía ante sus ojos.

A lo lejos, a distancias que variaban entre uno y cinco kilómetros, divisó las torres de arenisca rojiza de varios cerros testigos, que se alzaban como gigantescos dedos índices en la reseca llanura. Mucho más cerca, a unos quinientos metros, divisó una grieta profunda y larga, que desde allí parecía solamente una línea de lápiz, la cual surcaba la planicie en la mayor parte de su extensión, hasta el punto de que casi se perdía de vista hacia el

Oeste.

Quizá por allí, pensó, habían pasado cien años antes las caravanas de los colonizadores. Acaso habían silbado las flechas sobre el pequeño cerro donde se hallaba edificado el sanatorio, y algún salvaje apache habría escarpado a su víctima, después de matarle. Todo había desaparecido, arrastrado y envuelto en el polvo del desierto, en cien años escasos.

Ahora el panorama, aun siendo el mismo, ofrecía facetas muy distintas: un pueblo, pequeño pero moderno, una gran carretera, con un tránsito intensísimo... incluso volaban los aviones por encima de su cabeza. Allá arriba, en lo alto, divisó la blanquísima estela que dejaba un reactor que se desplazaba hacia el Este a mil kilómetros a la hora.

De repente, sin saber por qué, le pareció que no era la primera vez que sus ojos contemplaban aquel panorama. Maquinalmente, sus piernas la impulsaron hacia adelante y, sin prisas, se dirigió hacia la grieta.

¿Había estado ella alguna vez en aquel paraje?

CAPÍTULO III

Provisto de unos potentes prismáticos, el doctor Burcott observó los movimientos de la paciente.

Lía Rogers estaba a su lado. La opulenta enfermera, más que mirar a May Canfield, tenía los ojos clavados en el rostro del siquiatra. Su seno exuberante subía y bajaba con cierta rapidez, indicio seguro de que estaba poseída por una cierta excitación. Burcott no se había percatado aún de aquel detalle, abstraído como estaba en la contemplación de los actos de la muchacha.

—Si supiera encontrar el sitio exacto... —murmuró al cabo de unos segundos, bajando los prismáticos, a la vez que se mordía el labio inferior.

—Dudo mucho de que lo consiga —dijo Lía con voz tranquila—. Era muy niña cuando ocurrió.

—Las cosas ocultas salen a la superficie cuando uno menos lo espera —dijo el siquiatra, sumamente pensativo—. Están ocultas años y años y, de repente, ¡paf! saltan como el tapón de una botella de champaña.

—Pues el método que usas tú no es el más apropiado para conseguirlo —alegó la mujer.

Burcott volvió la vista y la miró con dureza.

—Deja que yo me ocupe de la forma de tratar a mis pacientes —dijo—. Si te gusta el puesto, claro.

El rostro de Lía Rogers se puso pálido.

—¿Estás insinuando que debo marcharme? —dijo.

—No seas tonta —replicó el galeno con aspereza—. Me haces falta aquí y tú lo sabes. Pero, naturalmente, no voy a tolerar que me digas lo que debo hacer y lo que no debo hacer. Obedece y todo irá bien para los dos.

—No me amenaces, Elgin —contestó ella—. No estás en la mejor posición para hacerlo... y también lo sabes tú. Conozco la mayor parte de tus trapacerías y te verías en un serio apuro si yo hablase.

El doctor Burcott sonrió malignamente.

—Querida, ¿acaso no sabes que la pena que recibe un cómplice, en muchas ocasiones, es idéntica a la que sufre el autor del hecho? ¿Crees que saldrías mucho mejor librada que yo?

Lía Rogers levantó los brazos y se ahuecó el cabello con gesto provocativo, procurando al hacerlo que resaltasen las turgentes curvas de su generoso busto. Sonrió igualmente.

—Suele decirse que una mujer es siempre actriz por naturaleza —contestó—. Imagínate mi declaración en un tribunal, llorosa y afligida,

enseñando las rodillas, con un vestido negro bien ajustado y más descotado, manga corta y guantes negros hasta el codo. Imagínate a doce jurados contemplándome con avidez, escuchando mis declaraciones... y sintiéndose morbosamente horrorizados al oírme decir que había sido una víctima de tus artes hipnóticas. Eres siquiatra y, como tal, posees la suficiente imaginación para saber cuál sería el veredicto del jurado en nuestros dos casos.

Los ojos del siquiatra se inflamaron por la cólera. Agarró el brazo de la mujer y la miró airadamente.

—Maldita sea —juró—. Lía, eres una...

—Suéltame —cortó ella con frialdad—. Elgin, recuerda lo que te he ficho. Haz lo que quieras con esa estúpida, menos una cosa. Olvida que es joven y hermosa, es lo único que te pido... no, que te ordeno. El resto, no me importa, pero ten en cuenta lo que te he dicho o lo pagarás muy caro.

Una sonrisa dulcificó el cenceño rostro del siquiatra.

—Vamos, vamos —dijo en tono persuasivo—, no seas tan susceptible, Lía —rodeó su carnoso talle con ambos brazos—. Tú sabes muy bien a quién quiero yo únicamente. ¿Es que vas a sentir celos solamente porque vigile los movimientos de esa pobre chica?

—Puede que no sea tan pobre —contestó Lía, echando la cabeza hacia atrás—. Puede que sea mucho más rica de lo que tú te crees... y no me extrañaría tanto que estuvieses combinando dos asuntos, a cual más placentero. Pero si lo haces, te acordarás de mí para el resto de tus días... que no serían ya muy largos.

—Calla, estúpida, no digas tonterías —rezongó el hombre. Ella se soltó con gesto brusco y se separó de él un par de pasos—. No pretendo de May Canfield más que una sola cosa, y tú lo sabes bien.

—Mejor que sea así. Por el momento, voy a concederte un pequeño margen de confianza. Pero no abuses de ese margen —Lía inspiró profundamente—. Y ahora, ¿qué plan tienes para la noche?

—Déjala en paz unos cuantos días. No conviene apretar demasiado las clavijas; podría resultarnos perjudicial. Es mejor usar el procedimiento de presionar y aflojar, aflojar y presionar cuando su tensión haya cedido por completo. Una presión continua por cierto tiempo podría dar resultados enteramente opuestos a los que deseamos, ¿comprendes?

—De acuerdo —contestó secamente la enfermera. Giró sobre sus talones y abandonó la estancia.

Burcott encendió un cigarrillo con aire preocupado. Sí, Lía Rogers era muy hermosa, indiscutiblemente, incluso, si bien se miraba, más que la propia May Canfield, pero había una distancia de doce o catorce años entre las dos mujeres. Y un carácter terriblemente dominador en la enfermera. Su experiencia le decía a Burcott que una unión entre dos seres que poseían el

mismo carácter absorbente y autoritario, no podía resultar nunca fructífera.

Suspiró. Era una lástima; si Lía hubiese tenido un genio menos vivo... Pero un día u otro tendría que deshacerse de ella.

Mientras tanto, la necesitaba y tenía que aceptar su ayuda.

Se llevó de nuevo los gemelos a los ojos. En aquel momento, May Canfield rompía a andar nuevamente y se dirigía hacia el vecino pueblo de Frecko.

* * *

La caminata, aun no siendo larga ni excesiva, le había dado bastante calor, ya que en todo el trayecto del sanatorio a Frecko no había el menor rastro de sombra bajo la cual cobijarse. May Canfield alcanzó las primeras casas de la ciudad y buscó con la vista un rótulo, hasta que al fin consiguió encontrar lo que deseaba.

El interior del bar era fresco y acogedor. La muchacha se dirigió rectamente al mostrador, se acomodó en un alto taburete y pidió al *barman* una limonada fría.

Un hombre la observaba disimuladamente. Hunny Nelson estaba charlando con el *barman* cuando entró May y la contempló durante algunos momentos. La muchacha le gustó de inmediato; le agradó su esbelta silueta y se sintió muy complacido del brillante tono dorado de su frondosa mata de cabellos. Era una chica encantadora, convino consigo mismo, cuyo atractivo, además, era realzado por su extremada juventud, unos veinte o veintiún años, según calculó.

Ella no parecía haber reparado en él. Nelson sintió de pronto la comezón de charlar un poco con la muchacha. A fin de cuentas, era el representante de la Ley en el pequeño pueblo y la muchacha parecía forastera. No estaría de más, se dijo, averiguar quién era y qué hacía en Frecko.

Se acercó a ella y se tocó cortésmente el ala del sombrero con un dedo.

—¿Señorita? —dijo.

May volvió la cabeza y le miró con curiosidad.

—Soy Hunny Nelson, alguacil local —se presentó él—. Disculpe que me haya atrevido a abordarla, pero me parece que usted es forastera aquí.

—En efecto —contestó la muchacha—, no soy residente habitual de esta población.

—No he visto su nombre en el registro del hotel —apuntó Nelson. Era una labor que realizaba diaria y rutinariamente, apenas daba comienzo su jornada de trabajo.

—No me hospedo en el hotel —contestó ella—. Vivo en el sanatorio del doctor Burcott.

—Ah —exclamó Nelson, con tal acento, que May se sintió disgustada en el acto.

—Temo que haya interpretado mal mis palabras —dijo—. No soy una paciente clásica. Tampoco —añadió con brillante sonrisa—, estoy loca y juro que no lo estoy. Simplemente, sigo un tratamiento nervioso, eso es todo. Los siquiátras no se ocupan solamente de los dementes furiosos, señor Nelson.

El joven sonrió también.

—Me alegro que sea así, señorita...

—Oh, perdón —dijo la muchacha—. Olvidé presentarme. Mi nombre es May Canfield.

—Encantada, señorita Canfield —contestó el joven—. El doctor Burcott tiene fama de buen siquiátra.

—Eso tengo entendido, y por dicha razón me puse en sus manos. Espero curarme pronto.

—Lo celebraré infinito. Nuestra ciudad no es grande y el panorama que la rodea es desolado, aunque hermoso por otro lado, pero, al menos, se goza de bastante tranquilidad. Eso cura los nervios más desquiciados.

—Así lo espero yo —concordó May—. A pesar de todo, el pueblo me gusta. Acostumbrada a vivir en las grandes y trepidantes ciudades, la calma y el silencio de que se disfruta aquí constituyen todo un “shock”, aunque en sentido beneficioso.

Nelson hizo una mueca.

—Si tuviera que vivir aquí, quizá cambiaría muy pronto de pensar. Es un pueblo mortalmente aburrido.

—Pero usted vive en él, ¿no? —dijo ella agudamente.

El joven se echó a reír.

—Me alcanzó de lleno, señorita Canfield.

May terminó su bebida. Fue a pagar, pero entonces se dio cuenta de un detalle.

—Olvidé mi dinero en el sanatorio —dijo consternada.

—Váyase tranquila —repuso Nelson—. Por ser su primera visita a Frecko, la invito yo.

Ella miró en torno suyo con expresión repentinamente abstraída.

—Mi primera visita... —repitió como un eco—. A veces, me parece haber estado aquí hace un millón de años.

—Eso suele ocurrir muchas veces —dijo el joven sentenciosamente—. Estos pueblos pequeños se parecen mutuo entre sí y, visto uno, vistos los demás. Tal vez haya estado en alguno del mismo tamaño, aproximadamente, y por eso crea que pasó tiempo atrás por Frecko. A menos, claro está, que recuerde claramente el nombre.

—No, el nombre de Frecko no me suena —contestó ella con una

sonrisa—. Pero tal vez tenga usted razón y haya ocurrido como dice —se apeó del taburete y tendió su mano al joven—. Ha sido un placer conocerle y mayor aún ser sacada de un grave apuro.

Nelson rio suavemente.

—No tiene importancia —repuso—. Y, dígame, ¿qué tal está por dentro, ahora, el que en tiempos pudo ser mi palacio?

—Muy bien, magníficamente acondicionado... ¿Dice que pudo ser suyo ese edificio? —se extrañó la muchacha.

—Sí. Pertenecía a un tío mío, Abner Hill, hermano de mi madre. Se lo dejó en herencia a mí padre, pero estimó que era una especie de elefante blanco. Nadie le quiso comprar, los impuestos eran demasiado crecidos y un buen día se hartó y dijo que no quería pagar más impuestos. Naturalmente, el municipio se incautó del edificio y los terrenos colindantes, pero tampoco consiguió venderlo, con lo que, sin duda, habría recibido por lo menos el importe de los impuestos atrasados. Como nadie lo compraba, quedó solo y abandonado, y Dios sabe el tiempo que habría pasado de no haber montado el doctor Burcott su sanatorio en ese caserón.

—Es una historia extraordinaria —comentó May—. De haber seguido siendo suyo, ahora tendría una pequeña fortuna en su poder.

—No lo crea; el municipio le cobró cuatro dólares por todo. Estaban demasiado ansiosos para venderlo y aceptaron la primera oferta que llegó. Pensaron que más valía algo que nada y cedieron a las primeras de cambio —sonrió—. De todas formas, no me importa en absoluto.

—Celebro que se le tome con tanta filosofía —sonrió la muchacha—. Gracias por todo, señor Nelson. Hasta la vista.

—Adiós, señorita Canfield.

La muchacha se alejó. Nelson se apoyó en el mostrador.

—Canfield —oyó la voz del *barman*—. Ese nombre me suena.

Nelson volvió la cabeza, sorprendido por el comentario del individuo.

—No es un apellido corriente, pero tampoco nada del otro mundo, Chet —expresó.

—No, no —contestó Chet—. Me refiero a que creo haberlo oído aquí, en el propio Frecko. Pero en este momento, no consigo recordar más detalles, Hunny.

Nelson se frotó la mandíbula.

—Ella dijo que le parecía haber estado en Frecko alguna vez —murmuró.

—Será hace muchos años. Yo no me acuerdo de ella, Hunny.

—¿No habrá en la ciudad alguien que pueda indicarme algún dato acerca de ese apellido?

Chet meditó durante unos instantes.

—¿Por qué no vas a ver al viejo Elmo McCoy? Es la historia viviente

de la ciudad, Hunny, y lo que él no sepa de Frecko, no merece la pena saberse.

—Tienes razón —convino el joven. Depositó unas monedas sobre el mostrador—. Iré a verlo ahora mismo.

Y salió del bar con paso rápido y decidido.

CAPÍTULO IV

Elmo McCoy era un viejo de casi ochenta años, quien se conservaba bastante bien todavía, pese a su avanzada edad. Socarronamente, McCoy decía que había vivido tanto merced a consumir a diario un cuartillo de *whisky* y una docena de pipas.

—El sol de este maldito desierto también ayuda —comentaba con excelente humor—. Momifica a las gentes y yo me estoy convirtiendo en una momia más. Pero sin vendas, claro.

Los escrutadores ojillos del anciano, cuyo rostro estaba adornado por una nivea barba, contemplaron al joven con expresión inquisitiva.

—De modo que te interesas por una tal May Canfield, ¿eh? —dijo.

—Bueno, no es un interés absoluto, tío Elmo. Todos le llamaban así. Digamos más bien algo de curiosidad.

—Si ha salido a la madre, entonces tiene que estar convertida ahora en una guapa muchacha —declaró McCoy.

Nelson se sintió sorprendido.

—Luego, conoció a su madre.

—Y a su padre, aquel idiota de Ed Canfield. Bueno, yo también fui bastante idiota. Aún quedan muchos que siguen siéndolo; todos los que merodean por el desierto en busca de una mina de cuarzo aurífero.

—¿Era un buscador el padre de May?

—Sí. Se pasaba la mayor parte del tiempo en el desierto. A veces encontraba oro por valor de unos cientos de dólares, pero, enseguida, se agotaba el yacimiento y tenía que volver a empezar. Como nos pasaba a todos.

—Es raro que ella no recuerde exactamente que nació aquí —murmuró el joven pensativamente.

—Se la llevaron cuando era muy pequeña. Una prima de su madre, Gloria Hill. Era el único pariente que le quedaba.

—Lo cual significa que se quedó huérfana a muy temprana edad.

—Así es. Su madre murió cuando ella contaba escasamente año y medio. Y su padre, dos años más tarde. Suponiendo que haya muerto, claro. Nelson respingó.

—¡Cómo! ¿Es que no se ha comprobado la muerte de Ed Canfield? —exclamó.

El viejo buscador de oro, ya retirado, sacudió vigorosamente la cabeza. Sacó los útiles necesarios y empezó a llenar la cazoleta de su pipa.

—No —contestó rotundamente—. Ed Canfield desapareció un buen día

y ya no se le ha vuelto a ver más. La chica se quedó sola y, a poco, su tía se la llevó de Frecko. No creo que hubiese cumplido los cuatro años entonces.

—Es extraño que haya vuelto a Frecko al cabo casi de veinte años —dijo el joven muy pensativo—. Y sola.

—Habrá muerto su tía —opinó McCoy.

—Tal vez —convino el joven—. Oiga, antes dijo que la tía de May se llamaba Gloria Hill y que era prima de su madre. ¿Es que tenía que ver algo con el viejo Abner Hill?

—Eran primos también. Gloria era una solterona amargada y medio histérica. Aún no he conseguido explicarme cómo se le ocurrió realizar un acto de caridad semejante. Quizá esperaba que la chica conociera el secreto de alguna mina de oro descubierta por su padre pero me parece que se llevó el mayor chasco de su vida.

Nelson se quedó pensativo durante unos segundos. A la muerte de su padre, May Canfield había sido recogida por una tía en tercer grado. Pero tenía otra tía de parentesco más próximo: la propia madre del joven, hermana de Abner Hill. ¿Por qué no habían acogido los Nelson a la huérfana?

Ahora resultaba que May Canfield y él eran parientes, aunque no con un parentesco demasiado próximo. Era una curiosa casualidad, se dijo.

—De modo que el padre de la chica desapareció —repitió de nuevo—. ¿Cómo fue, señor McCoy?

—No lo sé —respondió el anciano—. Cuando ocurrió aquello, yo estaba fuera, en el desierto —McCoy soltó una seca risita—. En aquellos tiempos, igualaba, si no superaba, en chifladura a Ed Canfield. Pero, oye, si quieres más datos, ¿por qué no visitas a Francisco Lozano? Por aquellas épocas, él ocupaba tu puesto y a la fuerza tuvo que investigar la desaparición de Ed Canfield, ¿comprendes?

* * *

Francisco Lozano era un hombre de unos sesenta y cinco años, pelo canoso y tez oscura, más por el sol del desierto que por ascendencia de sangre.

Escuchó atentamente al joven y contestó:

—Sí, lo recuerdo perfectamente. Algunas veces, aquel sujeto chiflado se llevaba a la niña consigo al desierto. Fue en una de estas ocasiones cuando Canfield desapareció.

—¿Y...?

—La niña llegó sola. Vino en un estado indescriptible; sucia, arañada, completamente aterrorizada... Hoy los médicos llaman a eso “shock” síquico o algo por el estilo. Solo repetía una palabra, muchas, muchísimas

veces, de una forma obsesionante.

—¿Qué palabra era, señor Lozano?

—Arañas.

Hubo una pausa de silencio.

—¿Arañas? —repitió Nelson.

—Así como suena —afirmó el ex alguacil.

Nelson se quedó silencioso durante unos momentos.

—¿Qué más? —preguntó al cabo.

—Pues... investigamos minuciosamente. Cuando la niña, con tan pocos años, había vuelto a pie, era señal de que Canfield no estaba muy lejos, a veces dejaba sus burros en el establo. Yo creo que se llevaba a May al desierto más bien para distraerla que para otra cosa. Por lo tanto, es obvio que no pudieron alejarse excesivamente de la población. Pero ella vino sola y su padre no pudo ser hallado jamás. Al cabo de unos años, se le dio por legalmente muerto, y eso es todo.

* * *

—Mamá —preguntó Hunny Nelson—, ¿por qué no te hiciste cargo tú de May Canfield cuando su padre desapareció en el desierto?

La señora Nelson se volvió hacia su hijo, vivamente sorprendida. Era una mujer rolliza, de casi sesenta años de edad, de cabellos canosos y aspecto apacible y atractivo. En su rostro se advertía claramente la sorpresa que le había producido la pregunta del joven.

—¿Por qué dices eso, Hunny? —preguntó.

—Tú eras hermana del viejo Abner Hill, ¿no es cierto?

—Sí, Dios lo tenga en su gloria y le haya perdonado sus tonterías —suspiró la buena señora.

—Ed Canfield estaba casado con una prima de tío Abner. La prima de esta prima, Gloria Hill, recogió a la niña y se la llevó de Frecko. ¿No crees, sin ánimo de criticaros a papá y a ti, que esa labor os correspondía a vosotros?

—Y tú —le replicó la buena señora—, ¿no recuerdas que en aquellas épocas, hará unos dieciséis o diecisiete años, estábamos fuera de Frecko y que permanecemos ausentes durante tres? Cuando regresamos, ya había ocurrido todo y nunca más supimos el paradero de Gloria Hill.

—Es verdad —convino el joven pensativamente—. Entonces debía tener yo unos once o doce años.

—Trece, para ser más exactos —rectificó la señora Nelson—. Oye, ¿por qué me has sacado a relucir de pronto una cosa de la cual no me acordaba en absoluto?

—Porque May Canfield está internada en ese sanatorio nuevo que

pusieron hace unos meses en la casa del tío Abner.

La señora Nelson se volvió y le contempló con aire absorto.

—¿Es posible eso que dices, hijo?

—Ya lo has oído, mamá. ¿Por qué iba a bromear?

—¿Qué le pasa a May? ¿Está loca?

—No —rió el joven—. Solo sigue un tratamiento nervioso, eso es todo.

—Tendré que ir a visitarla —dijo la buena mujer.

—No lo hagas todavía, mamá —aconsejó Nelson—. Ella ha estado hoy en la ciudad. Si hubiese querido relacionarse con nosotros, ya habría venido a vernos, ¿no te parece? Deja que pasen unos días. Si la veo de nuevo, le hablaré de nuestro relativo parentesco y veré cómo reacciona. En otro caso...

Nelson no concluyó la frase. Acababan de ponerle delante un succulento trozo de carne asada y la vista del manjar le había quitado el habla.

CAPÍTULO V

May Canfield terminó de desvestirse y se metió en la cama inmediatamente. Apagó la luz y miró a través de la ventana.

La noche anterior había tenido una pesadilla. Sin embargo, había sido mucho más soportable que la de la otra noche. Apenas había padecido.

Era muy pequeña. Iba de la mano de un hombre que le dirigía tiernas y afectuosas palabras, aunque no las podía recordar todas ni mucho menos. Más bien era como un murmullo consolador y tranquilizante.

De cuando en cuando, el hombre silbaba alegremente una vieja tonada. Ella creía haberle acompañado, desafinando horriblemente, lo cual provocaba grandes risas en aquel sujeto.

Este vestía muy desaliñadamente, pero tenía el rostro atractivo y la contemplaba con amor cada vez que le dirigía una mirada. Su manecita estaba en la del hombre, el cual llevaba en la otra mano algunos objetos que ella no conseguía recordar distintamente.

Caminaban por una gran llanura, surcada de árboles y plantas que a ella le parecían fabulosos, con formas extraordinarias, monstruosas algunos de ellos. El hombre, cuando no cantaba, charlaba con ella y le daba consejos amistosos.

Recordaba algunas de las palabras.

—*No hay que tenerles miedo... Son malas, desde luego, pero... Si uno está al tanto...*

Había vuelto a canturrear. Después, continuaba hablando. Su tema era muy distinto:

—*Está por ahí, te digo que está... absolutamente seguro... May, mi niña, si lo encontramos...*

¿Por qué la llamaba aquel hombre “mi niña”?

¿Qué era lo que tenían que encontrar?

Y, de repente, en medio del sueño, había surgido la araña.

May no había tenido tiempo de gritar. El hombre se había precipitado sobre el horrible animal y lo había aplastado de un taconazo.

Ella estaba muy asustada. Sin embargo, la compañía del hombre la infundía una seguridad absoluta.

El hombre se volvió hacia ella y sonrió protectoramente.

—*¿Ves? Ya te lo dije; son malas, pero si se les da un buen pisotón...*

Ella había sonreído satisfecha, sumamente contenta y aliviada por saber que contaba con tal protección.

Después habían continuado su camino por la llanura de los árboles

extraños, hasta que, de repente, llegaron ante una gran puerta negra.

En este momento, se interrumpió el sueño. May había continuado durmiendo apaciblemente el resto de la noche.

Sentada en el lecho, May se preguntó qué significado podía tener aquel sueño. En ese momento, le habría gustado ser uno de los adivinos de la antigüedad, que sabían interpretar los sueños de la gente. Pero ella no sabía qué traducción práctica dar a semejantes visiones oníricas, salvo que había debido ocurrir cuando ella tenía muy pocos años. Sabía que no había vuelto a ver a aquel hombre más, salvo en sueños, claro está. ¿Era cierto que había muerto, arrollado por la avalancha de arañas, tal como ella lo había podido contemplar en la agónica pesadilla de noches anteriores?

Le gustaría saber quién era aquel hombre, por qué le decía tales cosas y dónde vivía... si continuaba con vida. Presentía que el individuo había tenido una intervención decisiva en su existencia y quería conocer a toda costa el género de relaciones que les habían unido muchos años atrás.

Sin embargo, existía una dificultad insalvable. No recordaba su nombre en absoluto, ni siquiera el lugar donde se habían producido aquellos hechos. ¡Sí, al menos, pudiese recordarlos en toda su extensión!

La tarántula apareció de repente a los pies del lecho.

May sintió que su corazón suspendía los latidos. Sus dedos se crisparon en torno al embozo de las sábanas, al mismo tiempo que los ojos se la dilataban enormemente.

Ahora no se trataba de una pesadilla, estaba segura de ello. Aún no se había dormido y, por lo tanto, se hallaba completamente despierta y en la plenitud de sus facultades mentales. Evidentemente, no se trataba de un sueño, sino de una aterradora realidad.

El animal dio un salto y se situó sobre sus rodillas. Agónicamente silenciosa, sin poder suficiente para emitir un solo grito, May se tiró fuera del lecho. Rodó por el suelo, dio dos vueltas sobre sí misma y se incorporó de un salto.

Trpezó con una pared y se puso en pie rápidamente.

La araña saltó de la cama y la persiguió. Quedó a un metro de ella, frotándose casi con voluptuosidad las patas delanteras por encima de su cabeza. May quería gritar, pero no podía, no pasaban los sonidos más allá de su garganta.

Repentinamente, una frase llegó a su memoria:

—... *Son malas, pero si se les da un buen pisotón...*

El recuerdo de aquellas palabras, unido a la desesperación que la poseía, le infundió un valor que no había tenido hasta entonces. Saltó hacia adelante y pisoteó al arácnido, sin darse cuenta de que estaba descalza y que la piel de sus pies tocaba directamente el pavimento de la habitación.

Respiró aliviada. La araña estaba muerta. Ya no la molestaría más.

Dando un rodeo, corrió de nuevo hacia la cabecera del lecho. Encendió la luz.

Dominó valientemente sus aprensiones. Miró hacia aquel lugar.

¡La araña no estaba!

May sintió que su terror se acrecía hasta alcanzar proporciones enormes. Tenía la absoluta seguridad de haber pisoteado al insecto. Su cuerpo aplastado debiera haberse visto, por tanto, en el lugar donde lo había hecho.

¿Padecía ahora de alucinaciones aun estando despierta?

Los dientes le castañetearon súbitamente.

* * *

El doctor Burcott lanzó una espantosa maldición.

A su lado, Lía Rogers frunció el ceño.

—¿Qué diablos le pasa a esa chica? ¿Por qué se ha vuelto tan valiente de repente?

—No lo sé —el aquilino rostro del médico estaba iluminado por el resplandor plateado que partía de la pequeña pantalla de televisión que había estado observando hasta entonces, en compañía de su enfermera jefe—. No es una reacción lógica.

—¿Entonces...?

Burcott se puso en pie y empezó a pasear. Emitió una serie de hipótesis acerca de las reacciones de la muchacha, todas ellas entremezcladas de términos científicos, con los que buscaba aclarar el insólito comportamiento de May Canfield.

—Todo eso está muy bien, pero a mí no acaba de convencerme, Elgin —dijo la enfermera con aspereza—. Me parece que esa chica lleva ya demasiado tiempo con nosotros para no haber podido arrancarle de una vez ese maldito secreto.

—Aún no es tiempo —objetó el siquiatra.

—Hipnotízala.

Burcott emitió un juramento.

—No tengo la seguridad de que dé resultado. Además, no soy tan buen hipnotizador como me gustaría serlo. Antes de que pueda intentar nada con éxito, es preciso agotarla, rendirla con visiones y alucinaciones de todo género, a fin de que ella, con una leve insinuación, me pida que la hipnotice. Ahora no está predispuesta del todo, pero si combatimos su mente y la confundimos casi constantemente, llegará un momento en que, como digo, tras una leve sugerencia, solicite ser hipnotizada. Entonces, su receptividad habrá alcanzado el máximo y resultará sumamente fácil situarla en estado hipnótico.

—Me parece magnífico —convino Lía Rogers—. Pero olvidas una cosa, Elgin.

—¿Cuál? —preguntó el siquiatra.

Lía movió la mano en sentido circular.

—Esto —dijo descriptivamente—. Ha costado dinero. Debes aún bastante... y tú sabes a quién. Creo que es hora ya de que empiece a recobrarlo.

—¿De dónde diablos quieres que saque el dinero ahora? Mientras no haya conseguido averiguar todo lo que sabe la Canfield...

—Deja a esa chica en paz ahora. Es una inversión más problemática de lo que parece. Tienes otros medios más seguros y rápidos de obtener dinero.

Burcott miró a la enfermera con aire suspicaz.

—No hables —recomendó.

Ella adelantó el busto agresivamente.

—¿Eres tú quien me va a hacer callar? —dijo en tono desafiante—. Ya sabes cuál es el medio más seguro y rápido, repito, para obtener dinero. La señora Owdrie está podrida de millones...

—No tanto. Su fortuna debe alcanzar a unos trescientos mil dólares, todo lo más.

—Bueno, no importa. De momento, con la mitad me conformo.

—¿Y cómo quieres que le saque ciento cincuenta mil dólares? ¿Poniéndole delante su talonario de cheques?

Una diabólica sonrisa apareció en los sensuales labios de la enfermera.

—Hazle lo mismo que a la señora Harrell —dijo.

El siquiatra se estremeció.

—¡Diablos! Lía, no me recuerdes ciertas cosas...

—Te las recordaré siempre que me apetezca, Elgin. Empieza a trabajar ya a la señora Owdrie. Dentro de una semana, podrías tenerla liquidada.

Burcott encendió un cigarrillo con mano temblorosa.

—Es muy arriesgado, Lía —dijo.

—¿Arriesgado? ¿Pero, para qué tienes tu brillante imaginación? ¿Es que no sabes discurrir un plan seguro, que no te comprometa en absoluto? Acuérdate de la manía del señor Ress. Se la estás curando también, ¿no?

Burcott dio dos pasos por la habitación.

—No me gusta, Lía, no me gusta.

—Bueno —dijo la enfermera en tono intrascendente—, entonces, tal vez me sienta inclinada a dirigir un anónimo a la policía de Los Ángeles. Les interesará saber mucho quién indujo al suicidio a la rica señora Harrell y...

Los ojos del siquiatra relumbraron de odio.

—A veces, te mataría de muy buena gana —dijo rabiosamente.

Ella rio con toda tranquilidad.

—Tus amenazas no me afectan —dijo—. Todo está listo para que la policía de Los Ángeles conozca muchas cosas tuyas, apenas me ocurra un accidente, ¿comprendes? Así que olvida esas locas ideas y aplícate a sacarle ciento cincuenta mil dólares a la señora Owdrie.

Lo demás, lo de esa chica estúpida, ya vendrá por sus pasos contados.

—A veces —murmuró el médico—, me pregunto...

—¿Qué te preguntas? —dijo Lía, al observar que Burcott se había interrumpido bruscamente.

—Me pregunto qué maléfico poder ejerces sobre mí.

Lía sonrió impudicamente. Extendió los brazos hacia él y avanzó, haciendo ondular su cuerpo generosamente modelado.

—¿Es que no lo comprendes, querido? —susurró, un segundo antes de unir sus labios a los del siquiatra. Burcott estrechó su talle con furia, con rabia, pero, al mismo tiempo, avasallado por una oleada de pasión que no sabía cómo vencer.

CAPÍTULO VI

El pequeño departamento de policía de Frecko disponía de un viejo automóvil, en el cual Hunny Nelson hacía sus desplazamientos cuando tenía necesidad de ello. A pesar de su aspecto, el coche funcionaba magníficamente, gracias a los desvelos del joven.

Detuvo el automóvil frente a la entrada del edificio y saltó al suelo. Un hombre abrió el gran portón de entrada y le miró suspicazmente. Por la bata blanca que vestía, Nelson dedujo debía tratarse de alguno de los enfermeros que cuidaban de los pacientes internados en el sanatorio.

Ascendió en dos saltos las escaleras y dijo:

—Soy Hunny Nelson alguacil de Frecko y deseo visitar a uno de los pacientes internados en este establecimiento. Dígaselo a su director y...

¡BANG! ¡BANG!

Dos estrepitosas detonaciones sonaron repentinamente en el interior del caserón, interrumpiendo de golpe las palabras del joven.

Nelson se quedó atónito unos segundos. Luego, reaccionando, levantó la tapa de la funda de su pistola y se precipitó hacia el interior del edificio, seguido del enfermero a quién había apartado violentamente de un fuerte manotón.

—¿Dónde han sido los disparos? —preguntó.

—Alguacil... —empezó a decir el enfermero.

Nelson le interrumpió violentamente.

—Conteste a mí pregunta —dijo en tono imperativo. Y en aquel momento, vio bajar por la escalera principal a un hombre armado con lo que parecía ser una carabina militar.

Extendió la mano armada y apuntó al sujeto, un tipo de ojos desorbitados, que usaba vestimenta de cazador profesional africano y que parecía contar unos cuarenta años de edad.

—¡Quieto! —gritó—. ¡Tire el arma o disparo!

—¿Quién habla aquí de disparar? —preguntó una voz enérgica.

El cazador profesional se había detenido, aturrido por la intimación de Nelson. Este volvió ligeramente la cabeza, divisando a pocos pasos a un hombre y una mujer, ambos vestidos con sendas batas blancas.

—Yo —contestó el joven, sin dejar de encañonar al sujeto de la carabina—. Me llamo Nelson y soy el alguacil de Frecko.

El médico avanzó hacia él, sonriendo amistosamente.

—Temo que se equivoca, alguacil —dijo en tono tranquilo—. No es lo que usted piensa ni esa carabina encierra peligro alguno. ¡Señor Ress!

El cazador descendió las escaleras. Su rostro expresaba claramente el mal humor que sentía.

—¿Por qué me apunta ese tipo con su pistola? ¿Qué mal he hecho yo? Estoy limpiando de elefantes los alrededores de la casa, ¿no es cierto? Los elefantes son muy simpáticos, pero cuando se ponen a destrozar los sembrados, no hay quien les aguante. Y no podemos quedarnos sin ensalada, solo porque a un condenado elefante le gusten nuestras lechugas tiernas, doctor.

—Tiene usted mucha razón, señor Ress —contestó el médico—. Sus dos disparos han espantado al elefante que se comía nuestras lechugas y es difícil que vuelva ya. El alguacil Nelson ignoraba este detalle y por eso le apuntó con su pistola.

—¡Qué tontería! —exclamó el loco dignamente—. ¿Cómo se le pudo ocurrir que yo dispararía contra una persona?

—Ya le he dicho que todo fue un error, señor Ress, por lo que nuestro alguacil le presenta sus más humildes excusas. ¿No es así, señor Nelson?

El joven comprendió lo que ocurría y enfundó la pistola.

—Así es —concordó—. Le suplico me dispense, señor Ress.

Burcott alargó la mano y tomó la carabina del paciente.

—Ahora, me quedo con su rifle. Se lo devolveré apenas sepamos que se acerca otro elefante a comerse nuestras lechugas.

—Está bien, doctor —sonrió Ress—. Ese elefante se fue muy asustado, se lo aseguro.

—Acompáñelo, Galton —ordenó Burcott al enfermero.

Los dos hombres se fueron. Entonces, Burcott dijo:

—Señor Nelson, tengo el gusto de presentarle a mí, enfermera jefe y administradora del sanatorio, señora Rogers. Lía, el alguacil Nelson, jefe de la policía de Frecko.

—¿Cómo está, alguacil? —saludó brevemente Lía.

—Mucho gusto, señora Rogers —contestó él. Miró al médico—. Ese hombre está loco de remate, doctor.

—Lo sé —sonrió Burcott—. Por eso lo tengo interno en mi sanatorio, para curarle su fobia a los elefantes, entre otras manías.

—¿Y le deja que merodee por ahí con una carabina? —se asombró el joven.

—Claro. Eso forma parte de mi programa de curación —sonrió Burcott.

—Pero es peligroso. Puede matar a una persona...

Burcott sacó del bolsillo unos cartuchos de fusil y se los enseñó al joven.

—¿Con cartuchos de fogueo? —dijo sonriendo—. Amigo Nelson, no tenga usted cuidado; no permitiré que nuestro cazador utilice cartuchos con bala, los cuales, por otra parte, no existen en mi sanatorio. Cuando adquirí

la carabina, compré únicamente cartuchos de fogueo. Pero si duda de mi palabra, puede registrar...

—Me basta, doctor —contestó el joven—. Sin embargo, permítame que exprese mi extrañeza ante la que estimo manera de curar a un paciente mental.

—Bueno —dijo el siquiatra—, cada enfermo es un mundo, aun cuando se trate de un sujeto con un simple catarro. El señor Ress odia a los elefantes y yo procuro que satisfaga ese odio. Un día, le convenceré de que los elefantes han sido exterminados y estará curado.

“Mientras no vuelva por un «zoo»”, rezongó el joven para sus adentros. Levantó la voz:

—Doctor, he venido a visitar a uno de sus pacientes. ¿Está visible?

Burcott arqueó las cejas.

—¿Quién es, alguacil?

—La señorita May Canfield. Nos conocimos días atrás en Frecko y se me ha ocurrido venir a verla. Me gustaría invitarla a comer un día en mi casa, con mi madre, pero, claro, ello depende de su autorización.

—Bien, en principio no tengo inconveniente, alguacil —contestó el siquiatra—. Lía, acompañe al señor Nelson al saloncito de recibir. Hasta luego, señor Nelson.

—Adiós, doctor.

La opulenta enfermera condujo al joven hasta el salón indicado y luego se marchó, prometiendo enviar a May lo más pronto posible.

La muchacha apareció diez minutos más tarde. Sonreía, pero su rostro aparecía pálido y los ojos circundados por unas zonas violáceas que no contribuían a mejorar su expresión.

—¿Qué tal, señor Nelson? —saludó cortésmente.

—Encantado, señorita Canfield. Se me ocurrió venir a visitarla y, con permiso de su médico, por supuesto, invitarla a comer el domingo próximo en casa. Mi madre guisa magníficamente —dijo para apoyar sus palabras.

—Es usted muy amable, señor Nelson —sonrió May—. Aunque no sé si debo o no aceptar su invitación...

—¿Por qué no? —alegó él—. A fin de cuentas, va a comer a casa de unos parientes.

La chica se sorprendió extraordinariamente.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que usted y yo somos parientes?

—Así es, May, y dispense por llamarla por su nombre, en gracia al parentesco que nos une, aunque sea algo distante —le explicó los lazos familiares que los unían y añadió—: Ahora sabe usted con certeza por qué le parecía haber estado aquí hace un millón de años, como comentó el otro día, cuando nos conocimos en el bar.

—De modo que yo he nacido en Frecko —murmuró May, sumamente

pensativa.

—Así es. Y en el pueblo hay bastantes personas que conocieron a su padre.

May recordó instantáneamente su último sueño. Aquel hombre que la llevaba de la mano... ¿era su padre?

* * *

—Yo conocí bastante a tu padre, May —dijo la señora Canfield el domingo, a la hora de la comida—. Era un hombre magnífico, pero tenía la cabeza llena de pájaros. No te ofendas por ello; a fin de cuentas, tú no tienes la culpa de su forma de ser.

—Es extraño —comentó May, notablemente preocupada—. Tía Gloria jamás me habló de mi padre. Nunca quiso darme el menor detalle, ni tampoco de mi madre, cuando yo le formulaba preguntas sobre el particular. Decía que ambos habían muerto siendo yo de pocos meses y eso es todo lo que le pude sacar en los años que viví junto a ella.

—Gloria Hill estaba enamorada de tu padre. Él se casó con tu madre y eso Gloria no se lo perdonó jamás.

¡Habrà que ver el trato que te dio mientras eras pequeña! —dijo indignada la señora Nelson.

—Mamá —exclamó el joven—, no transformes este relato en un folletín con huérfana.

—La huérfana existe —dijo la señora Nelson.

—Pero tía Gloria me trató siempre bastante bien —alegó May—. Claro que nunca fue cariñosa; más bien era severa y adusta; sin embargo, jamás me golpeó ni me dijo una palabra inconveniente. Era muy seca, eso sí, aunque a mí me parece que tenía la sequedad propia de las personas que guardan todos sus sentimientos para sí mismas, sin mostrarlos al exterior. Enamorada o no de mi padre, supo cuidarme bien y proporcionarme una educación.

—Pero has acabado viniendo a ese diabólico sanatorio a curarte de los nervios —dijo la madre de Hunny irritadamente.

May enrojeció. El joven se sulfuró.

—¡Mamá, por Dios! Seguramente, los motivos que han traído a May al sanatorio, no tienen nada que ver con tía Gloria —exclamó.

—Perdona, hija —dijo la buena mujer—. A veces, mi lengua... bueno, ya puedes imaginarte cómo somos los viejos. Nos pasa como a los chiquillos; decimos las cosas sin pensar y así nos salen ellas.

—No tiene importancia —sonrió la muchacha—. Hunny, el otro día mencionaste que hay gente en el pueblo que conoció a mí padre.

—Así es. Hay bastantes y se alegrarán de verte, aunque, claro está, tú

no te acordarás de ninguno.

—Por supuesto —rio ella—. Era tan pequeña cuando me marché de Frecko... Incluso había llegado a olvidar por completo el nombre de este pueblo.

—Porque tu tía Gloria no te lo mencionó jamás —intervino de nuevo la señora Nelson.

—Desde luego —la mirada de May se tornó súbitamente pensativa—. Son muy confusos y vagos mis recuerdos de los pocos años que estuve en este pueblo. Ni siquiera consigo recordar cómo era mi padre. Desapareció, según tengo entendido, y se le dio por muerto.

—Se perdería en el desierto, seguro —habló la señora Nelson.

El joven se frotó la mandíbula.

—Lo extraño es que pudiera perderse a tan poca distancia de Frecko —comentó pensativamente.

—¿Por qué dices eso? —inquirió May.

—Tú volviste al pueblo, ¿no? Y entonces, aún no habías cumplido los cuatro años. Eso quiere decir que la distancia que recorristeis juntos tu padre y tú no pudo ser excesiva, máxime cuando os fuisteis a pie, sin llevar los burros que él solía utilizar para sus correrías en busca de una mina de oro por el desierto.

La cara de May asumió de pronto una expresión de gravedad.

—Yo volví sola al pueblo, dices —murmuró.

—Así ocurrió, según he podido indagar a algunos de los que recuerdan el suceso. Uno de ellos es el viejo Elmo McCoy, un buscador retirado. Dice que regresaste medio loca, presa de un terrible “shock”, debido, sin duda, a que viste algo espantoso, pero que nunca supiste explicar bien lo que pasó. Se hicieron muchas gestiones para encontrar a tu padre, pero tú no pudiste facilitar el menor detalle del sitio adonde fuisteis. Debió ser algo horrible, desde luego, porque solo repetías, de modo obsesivo, una palabra, nada más que una.

—¿Cuál? —preguntó May temblorosamente, porque intuía parte de la verdad.

—Arañas.

CAPÍTULO VII

May se agitó en el lecho. De nuevo estaba soñando.

De nuevo iba por aquella llanura, cogida de la mano del hombre de rostro agradable y expresión amable y sonriente.

Encontraron de pronto una gran piedra. Tenía una forma peculiar; parecía una Y mayúscula, de trazos muy toscos, apenas distinguibles. También podía compararse al tronco de un árbol petrificado, de tronco muy grueso, en el que solo hubiesen quedado los muñones de las dos ramas más grandes de su horquilla, cortadas casi a cercén. La altura de aquel gran pedrusco era unas tres veces superior a la del hombre que la llevaba de la mano.

—¿Ves? —decía el hombre—. *No olvides jamás esta piedra, querida May. Recuérdala bien y...*

La voz del hombre se convirtió de pronto en un murmullo ininteligible. May ya no pudo captar el resto de sus palabras. Ahora cantaba de nuevo una vieja melodía que había acompañado a los colonizadores que, cien años antes, habían cruzado con sus carretas aquellas llanuras.

Ella disfrutaba mucho. Hacía calor, pero le gustaba el aire libre. El cálido contacto de la mano del hombre, por otra parte, le infundía una gran confianza, y no tenía miedo a nada.

Ni siquiera a las arañas.

¿No había matado hacía pocos momentos a uno de aquellos horripilantes insectos? Mataría a todos los que encontrase.

—¡Ahí va una!

El grito del hombre la sobresaltó terriblemente. La araña corría por el suelo, zigzagueando entre los pedruscos y las irregularidades del terreno.

El hombre rio.

—¡Esta va a morir de otra manera! ¡Tápate los oídos, May!

Dormida como estaba, May puso ambas manos en los oídos. Vio que el hombre sacaba un pesado pistolón y disparaba contra el arácnido. Necesitó consumir dos cartuchos para desintegrar en mil repugnantes pedazos el insecto.

A pesar de que tenía las manos fuertemente apretadas contra las orejas, May captó con toda claridad el estampido de los disparos. Y, ¿por qué chillaba la araña tan horriblemente?

¿Era un insecto o una mujer?

Frank Ress salió de su habitación, rifle en mano. Hasta sus oídos había llegado el inconfundible crujido de las plantas al ser holladas por las formidables patas del elefante.

El paquidermo destrozaba los sembrados. Las lechugas tiernas, sobre todo, constituían un bocado exquisito para el animal. Pero él estaba dispuesto a que nadie le disputase su ensalada. ¡Pues no faltaría más! Era un hombre y el elefante un animal. La diferencia era obvia. Que comiese tallos tiernos de bambú no le importaba. Pero no sus lechugas.

La luz no era muy buena, pero Ress tenía fama de buen cazador. Si esta vez no liquidaba al maldito elefante, estaba dispuesto a vender su plantación y regresar a su país.

¡Allí estaba! Y, ¡cómo disfrutaba de sus lechugas el muy bandido! Las arrancaba con la trompa, las sacudía un poco, para desprender la tierra adherida a sus raíces y luego se las zampaba tan ricamente. No, señor; aquello se acababa ahora mismo.

Tomó puntería con toda tranquilidad. Su rifle era un “Express” de bala cónica y alta velocidad. Ni aun el durísimo frontal del cráneo del paquidermo podía resistir a un proyectil con tanto poder de penetración.

Tomó puntería con toda tranquilidad. El elefante estaba tan distraído con su comida, que no se había percatado siquiera de la vecindad del hombre armado.

Partió el primer disparo. El paquidermo se estremeció y barritó agudamente. Ress disparo de nuevo.

El elefante se tambaleó, sin dejar de barritar. Sus piernas flaquearon y, de pronto, cayó de costado con gran estrépito. Emitió un par de barritos más y luego se quedó quieto.

Ress se hallaba sumamente satisfecho de su puntería. Con dos disparos había abatido a un elefante que, cosa curiosa, barritaba como si fuese una mujer asustada.

¡Tonterías! se dijo, mientras emprendía el regreso a su *bungalow*. Un elefante es un elefante siempre y una mujer es una mujer. No hay posibilidad de equivocación, concluyó tajantemente.

En el corredor del piso, la señora Owdrie, alcanzada por dos disparos en el centro de su ancha espalda, se desangraba lentamente. Ya había dejado de gritar; los muertos no gritan.

* * *

Hunny Nelson estaba terminando de abrocharse la hebilla del cinturón, para salir de casa y dirigirse a su oficina, cuando vio un coche que se detenía frente a la puerta.

Se extrañó. El automóvil, una furgoneta rural, llevaba pintado en los

costados el rótulo que indicaba pertenecía al sanatorio del doctor Burcott.

Un hombre saltó de su interior. Nelson lo reconoció al momento. Era el mismo enfermero a quién había visto días atrás.

Abrió la puerta y salió a su encuentro.

—¿Ocurre algo, Galton? —preguntó.

El rostro del enfermero aparecía demudado.

—Una cosa terrible, alguacil —dijo—. Se ha producido un accidente y la señora Owdrie, paciente del doctor Burcott, ha muerto. El doctor me ha enviado en su busca, como máxima autoridad del pueblo. Dice que es conveniente que se lleve también al forense. Si no tiene objeción alguna que formular, les transportaré en la furgoneta.

—Muy bien —contestó el joven, recogiendo su sombrero—. Vamos.

Montaron en el automóvil y se encaminaron en busca del doctor Casey.

—¿Un muerto en el sanatorio? —preguntó el galeno, sumamente extrañado—. ¿Es que no es suficiente el doctor Burcott para certificar su defunción?

—Usted es el forense de Frecko —manifestó Nelson—. Y la muerte se ha producido a causa de un accidente. Dos disparos en medio de la espalda.

Galton había anticipado al joven algo de lo ocurrido durante la madrugada precedente.

—¡Diablos! —exclamó el doctor Casey—. Eso no tiene nada de accidente, muchacho. Más parece un asesinato.

—Se trata de un hecho cometido por un paciente mental —respondió Nelson—, así que el autor del homicidio es legalmente irresponsable. No obstante, tenemos la obligación de intervenir.

—Muy bien, vamos allá.

Foco después, llegaban al sanatorio. Se apearon y pasaron al interior.

El doctor Burcott salió a recibirles, acompañado de la señora Rogers.

—Hola, doctor —saludó el joven—. Este es el doctor Casey, médico de Frecko y forense judicial en casos que lo precisan.

—¿Qué tal, colega? —saludó Casey.

—Encantado —dijo Burcott. Presentó a la enfermera jefe y luego dijo —: Plagan el favor de seguirme. El cadáver de la víctima está en el mismo sitio donde cayó. Los pacientes, mientras tanto, permanecen encerrados en sus respectivas habitaciones.

—De modo que dos tiros, ¿eh? —gruñó el joven, en tanto ascendían por la escalera—. Doctor, usted me dijo que el cazador usaba solo cartuchos de fogeo.

—Y así es —contestó Burcott, quien aparecía tras tornado y con el semblante alterado—. Yo le proporcionaba los cartuchos...

—¿Qué jerigonza ese esa que estoy oyendo? —masculló Casey—. ¿Desde cuándo acá un médico de enfermedades mentales proporciona un

arma de fuego a uno de sus pacientes?

—Doctor —dijo Nelson—, el señor Ress es un cazador profesional y tiene fobia a los elefantes. El doctor Burcott le dejaba de cuando en cuando una carabina, cargada solamente con cartuchos de salvas, a fin de que hiciese un poco de ruido y creyese que estaba exterminando a los elefantes que asolaban su plantación. ¿No es así, doctor Burcott?

—Exactamente —contestó el siquiatra con envaramiento.

Llegaron al primer piso. En el extremo del corredor aparecía un gran bulto cubierto con una manta.

Casey apartó la manta a un lado. El cadáver de la señora Owdrie, una mujer que en vida había sido bastante voluminosa, aparecía de bruces en el suelo, cubierto con una bata y un camisón debajo de la misma. Había bastante sangre en el suelo, procedente de dos orificios que se advertían en el centro de la espalda.

—Entregar un arma de fuego a un enfermo mental es una solemne imprudencia —masculló Casey—. Aunque los cartuchos no contengan más que pólvora, cosa que no ha ocurrido en el presente caso.

—Estoy dispuesto a soportar cualquier investigación, venga de donde viniere —declaró Burcott en tono altivo—. Como médico siquiatra, tengo mis métodos para curar a mis pacientes y ni usted, ni el presidente de la Asociación Nacional Médica, son quiénes para indicarme la terapéutica que debo emplear en cada caso.

—Terapéutica a tiros —observó Casey sarcásticamente. Abrió su maletín y hurgó en él, extrayendo un escalpelo, con el que rasgó las ropas del cadáver.

La espalda quedó al descubierto. Los dos orificios aparecían ligeramente a la izquierda de la columna vertebral, bajo la escápula de aquel lado. Estaban separados por unos dos o tres centímetros de distancia.

Nelson observó un detalle singular que llamó poderosamente su atención.

—Doctor Casey, estas heridas no parecen de bala —dijo.

Efectivamente, los bordes de las heridas tenían una conformación sumamente irregular.

—El agujero que deja una bala al entrar en un cuerpo humano suele ser redondo, si antes no ha tropezado con algún obstáculo —concordó el forense—. Y la señora Owdrie no llevaba encima nada relativamente sólido, que pudiese alterar la forma de los proyectiles. Una bata y un camisón no son obstáculo para una bala disparada a pocos pasos de distancia.

—No puede ser una bala —exclamó Burcott—. Insisto en que los cartuchos que empleó mi paciente eran de fogeo exclusivamente.

—Entonces, ¿las balas se materializaron en el aire, como en las novelas

de ciencia-ficción? —dijo Casey sin abandonar su tono sardónico.

—Espere un momento, doctor —intervino Nelson—. Tal vez, seguramente mejor dicho, el doctor Burcott tiene razón. El solo entregó a su paciente una cápsula con pólvora sola. Pero cabe la posibilidad de que el enfermo se percatase del detalle y entonces, dado que no tenía dónde proporcionarse proyectiles, empleó unas piedrecitas de tamaño adecuado que hicieron el papel de las balas que faltaban. La puntería resultaría así pésima a los cien metros, pero a seis o siete y aun a veinte, las heridas tendrían que resultar mortales. Como lo han sido en el presente caso.

Casey cubrió el cadáver con la manta y se puso en pie.

—Es posible que así haya ocurrido —admitió secamente—. De todas formas, encuentro muy extraña su terapéutica, doctor Burcott. Y, como forense de la ciudad, me creo en la obligación de pedirle que entregue esa carabina a nuestro alguacil, tanto para su examen como para su custodia. Usted dirige el sanatorio, es cierto; pero no creo que ello le autorice a entregar armas de fuego a sus pacientes. Una cosa es que tenga un revólver, por ejemplo, para un caso de defensa personal, bien guardado, desde luego; pero otra, y muy distinta, es entregar a un loco una carabina capaz de matar, como así ha sucedido.

—Tal vez me equivoqué —convino Burcott humildemente—. Pero no es el primer caso, ni siquiera el segundo, que trato de esta manera y consigo curar al paciente.

—De cualquier forma, es un método arriesgado —manifestó Casey—. Entregue la carabina al alguacil, doctor Burcott.

—¿Y si protesta el señor Ress? —intervino Lía Rogers.

—Cómprele una de juguete. Con esa no dañará a nadie.

—Es extraño —murmuró Nelson de pronto—. Uno ve elefantes, otro arañas, ¿qué clase de pacientes tiene usted aquí, doctor Burcott?

—Trato, generalmente, a enfermos mentales con desviaciones hacia la biofobia.

—¿Biofobia? —repitió el joven, atónito.

—Sí, horror hacia las formas de vida animadas... bueno, hacia los animales en general. Claro que —añadió el siquiatra—, cada paciente siente horror por un determinado animal. El señor Ress odia a los elefantes; la señorita Canfield, a las arañas... Tengo también otro paciente, el señor Williams, que odia a rabiarse a los felinos, en especial a los gatos... Una especialización siquiátrica como otra cualquiera.

—Supongo que a ese que odia a los gatos no le dará usted una jeringa llena de agua fría —exclamó el forense agudamente.

Burcott apretó los puños.

—¡Doctor Casey! —exclamó en tono colérico.

Sintió un seco golpe en un tobillo y calló en el acto. Inspiró

profundamente; Lía le recomendaba prudencia.

—Lo siento, doctor —dijo—. Este incidente me ha puesto muy nervioso. Traeré la carabina ahora mismo.

Burcott regresó a poco con el arma. Nelson la tomó y examinó el depósito, en donde aún quedaba un cartucho, que sacó en el acto.

Contempló el cartucho con toda atención. En su parte delantera, donde debiera haber estado el proyectil, había una piedrecita de unos seis o siete milímetros de grueso.

—Esto parece que lo aclara todo —dijo—. El señor Ress, loco únicamente en lo que atañe a su fobia a los elefantes, se dio cuenta de que disparaba solamente cartuchos de pólvora. En vista de que con ello no conseguía matar a los supuestos elefantes que nadie más que él veía, buscó unas piedrecitas y las colocó a modo de proyectiles. La mala suerte de la señora Owdrie la hizo salir de su habitación en un momento muy poco oportuno —concluyó.

CAPÍTULO VIII

Lía Rogers entró en el despacho de Burcott sin hacer el menor ruido. Se acercó a la mesa donde este escribía y, de repente, pegó una fuerte palmada, juntando secamente ambas manos.

Burcott pegó un salto en el sillón.

—¡Maldita sea! Lía, ¿quieres llamar siempre antes de entrar en mi despacho? ¿Es que no te das cuenta de que, por lo menos delante del personal del sanatorio, debemos seguir representando nuestros respectivos papeles?

Lía se echó a reír. Sentóse en un ángulo de la mesa, procurando al hacerlo que resaltase bien determinada región de su opulenta anatomía y, tomando un cigarrillo de una caja que tenía al alcance de la mano, lo encendió con gesto satisfecho. Expulsó el humo y se lo echó a la cara.

—Soy tu enfermera jefe y tu administradora, además de otras cosas que no se pueden decir en público —dijo con todo cinismo—. Y si no te gusta lo que hago, despídeme. ¿Verdad que no lo harás, matalocos?

Los dientes de Burcott crujieron de ira.

—Si pudiera, te estrangularía —dijo.

—Vamos, vamos, no mientas. Estás chiflado por mí, aunque te esfuerzas mucho por disimularlo. Es precise reconocer que te irritan un poco algunas de las cosas que hago yo, pero tampoco son nada del otro mundo. Lo interesante es —dijo en tono repentinamente incisivo— que sigamos unidos como hasta ahora. Así podremos conseguir lo que tanto buscamos y, mientras tanto, la señora Owdrie te ha dejado lo suficiente para que aguantes una temporada.

—Todavía no lo tengo —gruñó él.

—¿Aún no has recibido noticias de Los Ángeles? —preguntó Lía.

—No. Comunicué el fallecimiento enseguida, pero sus abogados no han dicho nada todavía.

La enfermera frunció el ceño.

—Ya tendrían que estar aquí —dijo.

—Sí, pero no han venido. Con tal de que no sospechen nada... —suspiró Burcott.

—El plan fue bueno —dijo Lía—. Nadie puede sospechar que hipnotizaste a la señora Owdrie y le dijiste que tenía que salir a determinada hora de su cuarto a perseguir a los ratones que merodeaban por el edificio. Ni nadie tampoco podrá saber jamás que sugeriste a Ress que debía salir a aquellas horas a cazar elefantes. Pueden llamarte

descuidado, si quieres, pero nada más, ¿comprendes?

—Ojalá sea así, como dices —murmuró el siquiatra, no muy convencido.

—Será —exclamó Lía firmemente—. Y, hablando de otra cosa, ¿qué hay del asunto principal?

—¿May Canfield?

—Sí, la misma.

—Ahora lleva unos días muy calmada. Sería conveniente darle otro toque —dijo Burcott pensativamente.

—Arañas, no —exclamó Lía—. Parece ser que les ha perdido el miedo.

—Tengo otro procedimiento —manifestó el siquiatra—. Este la ablandará, por decirlo así, y de nuevo podremos empezar con las arañas.

—Debes procurar anular su voluntad todo lo posible —aconsejó la enfermera—. ¿No dijiste que querías incrementar su grado de receptividad para aumentar las facilidades de hipnotizarla?

—Así es, Lía.

—Pues, entonces, date prisa —le urgió ella.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo de particular?

Lía aplastó el cigarrillo contra el cenicero y se puso en pie.

—Ven conmigo.

Burcott se levantó. Lía estaba ya junto a una de las ventanas del despacho.

—Mira, Elgin.

El médico hizo lo que le decían. A lo lejos se divisaba una silueta que andaba por el camino que unía el sanatorio con Frecko.

—Va a ver a su gallardo *sheriff* —comentó Lía con acento irónico.

—Es un palurdo que no ve más allá de sus narices —dijo el médico despectivamente.

—Por si acaso, no te fíes de él. A mí no me parece tan tonto como crees y lo importante no es que pueda investigar algo que no tiene investigación posible, sino que acaben enamorándose mutuamente.

Burcott sonrió.

—Yo creí que eso te satisfaría —dijo—. Así no teñirás celos de mí por culpa de May Canfield.

—¡Idiota! —le apostrofó la enfermera—. Esa chica está sana; solo tiene cierto horror a las arañas que el siquiatra más torpe le habría curado en un par de sesiones. Y ni siquiatra le haría falta si se casase; con un marido y en tres años dos chiquillos, se olvidaría de las arañas por completo. Pero, ¿qué pasará si ella y Nelson se casan antes de que te haya dicho lo que tanto deseamos saber?

Burcott se estremeció. Aquella era una posibilidad, en la cual no quería pensar siquiera.

May Canfield llegó a Frecko y lo primero que hizo fue encaminarse a la oficina del alguacil local.

—¿Puedo pasar? —preguntó sonriente, asomándose a medias a través del hueco de la puerta entreabierta.

Nelson se puso en pie de un salto.

—No faltaría más —dijo, saliendo a su encuentro—. ¿Cómo estás?

—Bastante bien —respondió May—. Si sigo así, creo que pronto me darán de alta.

Nelson conocía ya los motivos del internamiento de la muchacha en el sanatorio.

—¿Ya no has vuelto a soñar más con las arañas?

May se estremeció.

—No. Hace unas cuantas noches que duermo magníficamente. Cuéntame —pidió—, ¿ha habido algo de particular?

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Al asunto de la señora Owdrie.

—No. Fue un accidente. Nadie podría justificar lo contrario. La autopsia del cadáver demostró que, efectivamente, Frank Ress había colocado piedrecitas en los cartuchos a guisa de proyectiles. Un fracaso para tu siquiatra, digan lo que digan.

—Es una extraña manera de curar a la gente, en efecto —convino May reflexivamente.

—Lo raro es que, siguiendo esa tónica, no te haya dado a ti una maza para que vayas cazando a las arañas —dijo Nelson jocosamente. Vio la pena reflejarse súbitamente en los ojos de la muchacha y se sintió avergonzado de lo que había dicho—. Perdóname, May; creo que no he sabido comportarme como una persona mayor.

—No tiene importancia —sonrió ella—. Tal vez, en efecto, el doctor Burcott debiera haberme dado la maza que has dicho.

La puerta de la oficina se abrió de repente y un chiquillo entró.

—¡Señor Nelson! —llamó.

—¿Qué quieres, Bobby? —preguntó el joven.

—Traigo un recado para usted. Es de parte del señor McCoy y dice que vaya a verle, que tiene algo interesante que enseñarle respecto a la chica Canfield.

—La chica Canfield es esta señorita tan guapa que ves aquí a mí lado, Bobby, y no se dice de esa forma, sino *miss* Canfield, ¿te enteras? —le reprendió el joven amistosamente.

El chico se sonrojó.

—Sí, señor Nelson. Sí, señorita Canfield —recogió la moneda de medio

dólar que le entregaba el alguacil y se marchó sumamente contento.

Nelson y May se miraron.

—¿Qué querrá ese viejo? —murmuró él.

—¿Por qué no vamos a verlo y nos enteramos? —dijo la chica—. A fin de cuentas, se refiere a mí.

—Creo que has tenido una buena idea —convino Nelson en tono bienhumorado. Asió el brazo de May y salieron de la oficina.

Minutos más tarde estaban en la veranda de la casa de McCoy. El antiguo buscador de oro se hallaba sentado en una mecedora, resguardado de los rayos de sol por la marquesina.

Sus diminutos ojillos se animaron al ver a la pareja.

—Ah, hola, muchachos. Me alegro de que hayas venido tú también, May —exclamó afectuosamente—. ¿Sabes que eres tan bonita como tu madre? Claro, no podía ser menos; fue siempre la muchacha más hermosa de este inmundo villorrio. El buen Ed Canfield ya sabía lo que se hacía cuando se casó con ella, te lo aseguro.

—¿Conoció usted a mí madre? —preguntó May.

—¡Ya lo creo! Era una mujer magnífica y enamorada de su esposo, como debe ser... Pero, bueno, buscad unas sillas y sentaos por ahí. Tengo algo que enseñaros —manifestó el viejo gambusino—. Te había llamado a ti, Hunny, porque no sabía que May estuviese en la ciudad, para que fueses luego a verla, pero puesto que ella ha venido, así resulta mejor.

Nelson trajo dos sillas. Ambos se sentaron al lado de McCoy.

Este hurgó en el bolsillo de su camisa y sacó una cartulina amarillenta, del tamaño de una tarjeta postal.

—La encontré anoche por casualidad, revolviendo unos viejos papeles míos —declaró—. Ya no me acordaba de ella siquiera —McCoy suspiró melancólicamente—. ¡Quién pudiera quitarse los veinticinco años que nos separan de esta fotografía!

Nelson tomó la cartulina. May se acercó a él para mirar. Las cabezas de ambos jóvenes se juntaron unos instantes.

Aunque había pasado ya un cuarto de siglo, como había dicho el viejo buscador de oro, podía reconocérsele fácilmente. Apenas si la única diferencia fisonómica estribaba en el color de la barba, que era casi completamente negra, en tanto que ahora había adquirido un color blanco del todo.

Junto a McCoy había un hombre mucho más joven, como de unos treinta años, recio, fornido, de mirada franca y expresión agradable. Los dos hombres tenían pasados los brazos por los respectivos hombros, en una postura de camaradería indiscutible.

Estaban en el desierto, según parecía sugerir del fondo de la fotografía. No obstante, inmediatamente detrás de ellos se divisaba una roca de buen

tamaño, de mayor altura que sus cabezas, casi completamente lisa por aquel lado, y en la que se divisaban grabados unos extraños signos que el relativamente pequeño tamaño de la fotografía no permitía distinguir con claridad.

—Esa es una roca de inscripciones —dijo el gambusino—. Está a tres kilómetros de aquí, hacia el noroeste. Antiguamente se hallaba al lado de la ruta que seguían muchos de los colonizadores y algunos de estos se detenían para dejar grabados sus nombres con la punta de un cuchillo. No es raro hallar piedras semejantes en el desierto, pero esta es la más próxima a Frecko. Conozco otra del mismo estilo, aunque se halla a casi cien kilómetros al norte. May, puedes quedarte con la fotografía, si es tu gusto.

—Se lo agradezco mucho, señor McCoy —dijo la muchacha.

El viejo se echó a reír.

—Llámame tío Elmo, como hacen todos —exclamó—. Conocí bastante a tu padre. Fue un hombre a carta cabal, créeme. Y así, no resulta extraño que cuando quiso casarse, se llevara a la muchacha más guapa de Frecko.

Miró a Nelson.

—Como, me parece, hará este pájaro de estrella que tengo al lado —añadió, haciendo que ambos jóvenes se sonrojaran.

May volvió a contemplar la fotografía. Aquella era la primera vez que veía una imagen de su padre; jamás había sabido cómo era hasta aquel momento. Su tía Gloria se había mostrado siempre terriblemente evasiva al respecto, hasta el punto de haberle ocultado incluso que había nacido en Frecko. Ella había creído siempre ser natural de Los Ángeles hasta que llegó al sanatorio del doctor Burcott.

Pero si la imagen de su padre le resultaba nueva y, por lo tanto, desconocida, no pasaba lo mismo con la piedra que aparecía tras le pareja. ¿Era verdaderamente la primera vez que la había visto? Le estaba sucediendo lo mismo que con el pueblo la primera vez que estuvo en él. Fue cuando dijo en el bar que creía haber estado allí en otra ocasión anterior, hacía muchísimos años. ¿Cuándo había visto ella la piedra?

Suspiró. De momento, era imposible recordar con exactitud. Acaso le volviese la memoria más adelante.

—Guardaré la fotografía siempre —dijo, sonriendo—. A fin de cuentas, es la única que tengo de mi padre. Si encontrase otra de mi madre... —los ojos se le llenaron de lágrimas—. No recuerdo a ninguno de los dos.

Nelson trató de confortarla.

—Quizá encontremos alguna en el pueblo. Hay muchas personas que conocieron a tus padres. Preguntaré y cuando sepa algo, ya te lo diré. ¿Te parece bien?

May sonrió débilmente.

—Gracias, Hunny. Eres muy bueno. Y gracias otra vez a usted, señor

McCoy —se levantó de pronto, acercándose a la silla e, inclinándose hacia el anciano, le besó en una mejilla.

McCoy carraspeó.

—Nunca hubiera soñado recibir un precio tan magnífico por esa fotografía —dijo con voz temblona.

CAPÍTULO IX

Caminaban en silencio, sin prisas, sumidos cada uno en sus meditaciones surgidas después de la conversación con el gambusino, cuando, de pronto, sonaron los frenos de un automóvil que se detenía a corta distancia de ellos.

—¡Eh! ¡Por favor! —llamó alguien.

Nelson volvió la cabeza. El conductor del vehículo le llamaba, agitando una mano.

El joven se acercó al auto, seguido a poca distancia, por May.

—Perdón, agente —dijo el conductor—. No había visto antes su insignia.

—No tiene importancia —sonrió Nelson—. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí, se lo agradeceré. Una de las ruedas de mi coche pierde aire. ¿Hay algún garaje en las inmediaciones?

Nelson extendió la mano izquierda.

—A cincuenta metros, en la esquina de la derecha —indicó.

—Muy amable —contestó el sujeto—. Y, ya que está en plan de guía, ¿le molestaría decirme dónde se halla el sanatorio del doctor Burcott? Vengo de Los Ángeles expresamente para entrevistarme con él.

El joven aguzó los oídos al oír pronunciar el nombre del siquiatra.

—Está a dos kilómetros hacia el nordeste —contestó. Y a renglón seguido, inquirió—: Perdone mi curiosidad, pero, ¿tiene usted algún familiar en el sanatorio?

—Oh, no —se echó a reír el conductor—. Vengo por un asunto de herencia. Soy Bill Lawlins, pasante de una importante firma de abogados de Los Ángeles.

Una súbita sospecha surgió en el acto en la imaginación del joven.

—Estoy seguro —dijo—, que se trata de un legado de Nina Owdrie.

Lawlins le miró sorprendido.

—Pues, sí —admitió—. Pero, ¿cómo lo sabe usted, agente?

—No soy agente, sino el alguacil local, y tuve que intervenir como tal en las diligencias que se derivaron de la muerte de la señora Owdrie.

—El doctor Burcott nos participó que había sufrido un desgraciado accidente —manifestó Lawlins.

—Así fue —concordó Nelson. Tras breve reflexión, añadió—: El propio doctor le explicará cómo se produjo la cosa. ¿Ha sido nombrado heredero por la señora Owdrie? —preguntó, sin poder dominar su curiosidad.

—Según se mire, alguacil —contestó el pasante—. Somos los albaceas testamentarios de la señora Owdrie y en el testamento se dispone que la mitad de todos sus bienes, mitad que asciende a unos ciento cincuenta mil dólares, deberá pasar a un fondo para rehabilitación y curación de enfermos mentales, que administrará personalmente el doctor Burcott.

—Lo cual significa que el médico puede hacer con ese dinero lo que más le plazca.

—Bueno, algo por el estilo, puesto que, según esa cláusula, nuestra firma pierde todo derecho a intervenir en el destino que se dé a los ciento cincuenta mil dólares. Pero es de suponer que el doctor Burcott sea un hombre honesto y sepa hacer buen uso de ese dinero —terminó Lawlins. Saludó y puso en marcha el coche, desapareciendo acto seguido de la vista de ambos jóvenes.

Nelson se quedó muy pensativo.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella—. ¿Por qué estás tan preocupado?

—La herencia de la señora Owdrie —respondió Nelson.

—Policía tenías que ser para no concebir sospechas enseguida —dijo ella de buen humor—. ¿Es que se te ha ocurrido que el accidente fue provocado para que Burcott heredase los ciento cincuenta mil dólares?

—Pues... —dijo él, irresoluto.

—Tonterías —exclamó May calurosamente—. Lees demasiadas novelas policíacas y, en todo caso, ¿por qué me tiene gratis en su sanatorio, como también a algunos pacientes que carecen de medios económicos, lo mismo que me pasa a mí? No pretenderás que nos tiene allí para heredarnos después de habernos matado, ¿verdad?

—Sí, tal vez tengas razón —convino Nelson—. Quizá soy demasiado suspicaz.

Pero, pese a todo, no podía alejar las sospechas de su mente.

* * *

May Canfield dio una vuelta en su lecho y quedó tendida sobre el costado izquierdo.

Casi inmediatamente, empezó a soñar. Nuevamente iba de la mano de su padre. La piedra en forma de Y mayúscula o de árbol sin ramas había quedado atrás.

Ahora estaban detenidos ante una piedra que a ella le parecía enorme, con una de sus caras completamente lisa, en la cual había grabados numerosos signos que ella se sentía incapaz de descifrar. Eran nombres y números, pero todavía no sabía leer.

La voz del hombre llegaba irregularmente a sus oídos:

—*Fíjate bien en esta piedra... tal vez un día tengas que pasar por*

aquí... ella te servirá de guía...

El hombre se había detenido, indicándole que se sentase a la sombra de la piedra. Luego, sacando del bolsillo un instrumento que ella no podía identificar, había empezado a hacer algo en la cara de la roca.

Más tarde, habían continuado su camino. Luego...

Un vaivén de su cuerpo en la cama hizo desaparecer las imágenes. Se despertó bruscamente.

Encendió la luz, buscó un cigarrillo y lo encendió.

¿La piedra que había visto en sueños, era la misma que aparecía en la fotografía que le había entregado McCoy la víspera?

Empezaba a sospechar que el nombre a quién veía en sueños y cuyo rostro no podía identificar jamás, era su padre. Pero, entonces, ¿qué habían hecho por el desierto? ¿Fue en aquella ocasión cuando su padre desapareció y no fue visto jamás?

El sueño con los miles de arañas apareció de nuevo en sus recuerdos. Una cueva, un túnel... su padre atacado por aquel horripilante conjunto de arácnidos... ¿Era la visión de aquel espantoso suceso lo que había provocado en ella los terrores que todavía le duraban al cabo de casi veinte años?

Le resultaba muy difícil encontrar una respuesta concreta. Pero sabía que debía hallarla, que podía hallarla.

Una sesión de hipnotismo, se dijo. El doctor Burcott podía administrársela. Sin embargo, sintió una viva repugnancia a ponerse enteramente en manos del siquiatra. Claro que Burcott la curaría, pero experimentaba una instintiva resistencia a situar su mente bajo el poder de la del médico.

¿Y no había otro medio?

Tal vez un médico completamente ajeno al asunto, un siquiatra que no supiese nada de lo ocurrido. En Frecko, sin embargo, no había ninguno.

Se le ocurrió que tal vez resultase conveniente pedirle el alta al doctor Burcott. Estudiaría la idea, y si llegaba a una conclusión favorable a la misma, hablaría con Burcott y le diría que quería abandonar el sanatorio.

Mientras tanto, ¿por qué no buscar la roca en forma de Y y la piedra con las inscripciones? Parecía que eran hitos o mojones de un camino, pero, ¿a dónde conducía este?

* * *

Halló la piedra en forma de Y mayúscula a la mañana siguiente, a unos mil quinientos metros del sanatorio.

Su emoción resultó vivísima al hallarse en presencia de algo que hasta entonces solo había contemplado en sueños. No; lo que veía en esos sueños

no eran imágenes ficticias, sino recuerdos de su niñez, sepultados en lo más profundo de su subconsciente y que surgían durante sus períodos de descanso, cuando la mente activa se hallaba en estado de total relajamiento.

Toco la piedra con la mano. Era una cosa real, sólida, tangible. Tenía unos tres metros de altura por casi uno de grosor; era un extraño fenómeno natural.

Su padre la había traído por aquel sitio dieciocho años atrás. ¿A dónde habían ido?

Miró en torno suyo. ¿Dónde estaba la piedra con las inscripciones?

Elmo McCoy había dicho que se encontraba a tres kilómetros de Frecko, hacia el noroeste. Calculó su posición. Según ello, debía hallarse a unos mil pasos, aproximadamente, del lugar en que se encontraba. No muy lejos, según estimaba, de aquel gigantesco cerro de arenisca que se alzaba a unos ciento cincuenta metros sobre la llanura, solitario y erguido como un castillo roquero levantado por la Naturaleza en aquel incomparable paisaje.

Se dijo que debía buscar la piedra con las inscripciones. Dio un paso y entonces salió la tarántula de su nidal.

Se quedó clavada en el suelo, con la frente cubierta de un sudor frío. El animal era enorme, peludo, espantoso. Sus menudos ojuelos la contemplaban malignamente.

Ahora no se trataba de ninguna ilusión de sus sentidos. La araña era tan real como ella misma.

Repentinamente, unas frases vinieron a su mente.

—*Son malas, pero si se les da un buen pisotón...*

Inspiró profundamente. Era preciso tener valor. Pero solo llevaba puestas unas livianas sandalias y temía errar el primer golpe y recibir una picadura del insecto.

De pronto, divisó una gran piedra a dos pasos de distancia. Agachándose, la asió con ambas manos y la arrojó contra la araña, que quedó aplastada en el acto. Dos de sus velludas patas sobresalieron fuera de la piedra y se movieron horriblemente unos segundos, pero no tardaron en quedarse completamente inmóviles.

Sintió que las manos le temblaban violentamente. Pero al mismo tiempo experimentaba una gran alegría.

¡Había vencido! ¡Una araña había muerto por fin! ¡Era su primera victoria contra los terroríficos insectos!

Hubiera gritado de júbilo, pero se contuvo. Se dio cuenta de que estaba perdiendo el miedo a los horribles animales.

Sin embargo, se dijo que no debía continuar su exploración. El calzado que llevaba era muy liviano y sus piernas estaban desnudas. Se pondría unos zapatos más recios y unos pantalones largos hasta el tobillo, protegidos en la parte inferior por unos gruesos calcetines. Esto bastaría

para repeler cualquier posible ataque de otro arácnido.

Y entonces, buscaría la roca con las inscripciones. ¿Qué había a continuación?

CAPÍTULO X

El doctor Burcott estaba mirando a través de los prismáticos.

—¿Qué hace ahora? —preguntó Lía Rogers.

—Toma y mira tú misma —contestó el siquiatra.

La enfermera graduó los oculares de los prismáticos y enfocó hacia donde se hallaba May Canfield, a unos mil quinientos metros de distancia. Eran unos prismáticos de veinte aumentos, lo cual significaba que estaba viendo a la muchacha como si se hallase a unos setenta y cinco metros.

May estaba detenida al pie de una roca alta y gruesa, que más parecía el tronco desmochado de un viejo árbol. De pronto, la vio separarse de la roca y detenerse a dos pasos de la misma, completamente inmóvil.

Unos segundos después, May se agachó y asió una piedra de buen tamaño con ambas manos, arrojándola acto seguido contra algo que no pudo distinguir.

—Ha tirado una piedra contra un bicho —dedujo instantáneamente.

Burcott respingó.

—¿Cómo has dicho?

De un manotazo, arrebató los prismáticos a la enfermera y miró hacia el mismo sitio.

May Canfield emprendía el regreso en aquel momento. Burcott bajó los gemelos y se mordió el labio inferior, sumamente pensativo.

—¿Estás segura de lo que has dicho? —preguntó.

—Positivamente —respondió Lía con gran énfasis.

—Una piedra, en estos parajes, no se lanza por juego, a menos que haya varias personas juntas y quieran divertirse, apostando a ver quién la arroja a mayor distancia.

—May la tiró a unos dos o tres pasos del sitio en que estaba —afirmó la señora Rogers.

—Entonces, es que algún bicho salió del suelo y ella reaccionó, aplastándolo con la piedra.

—Eso pienso yo, Elgin.

El médico dejó los gemelos sobre una mesa y empezó a pasearse por la estancia. De pronto, se detuvo frente a la enfermera.

—Ahora, cuando llegue, procura distraerla durante un buen rato. No le preguntes por lo que ha hecho, a menos que ella te lo cuente directamente. Háblale de todo, menos de lo que nos interesa. Y procura que no mire por las ventanas de este lado.

—¿Vas a ir tú a ver qué ha hecho? —preguntó Lía.

—Exactamente —contestó el siquiatra.

Burcott regresó una hora más tarde. Venía muy acalorado y no solo por el largo rato de permanencia al sol del desierto. Fue al cuarto de baño, mojó una toalla y se la pasó por la cara y la nuca, refrescándose un tanto.

A continuación, regresó a su despacho. Tenía allí un aparador con licores y se sirvió una copa, que despachó de un trago. Llenó la copa de nuevo y entonces apareció la señora Rogers.

Lía cerró cuidadosamente la puerta.

—¿Y bien? —preguntó en voz baja.

—Había una tarántula aplastada bajo la piedra —declaró Burcott.

El rostro de la mujer se contrajo.

—Eso solo puede significar una cosa, Elgin.

—Lo sé, Lía.

—Ha perdido el miedo a los arácnidos.

—Efectivamente —concordó el siquiatra—. Y si ha vencido su complejo por sí sola, entonces ya no tenemos nada que hacer con ella.

—¿Cómo que no tenemos nada que hacer? —se indignó Lía Rogers—. Todavía quedan algunos procedimientos por usar, Elgin. Y esta noche emplearemos uno de ellos.

—Lo difícil será conseguir que se beba el agua —adujo el siquiatra—. La que tiene en su mesilla aparece intacta todas las mañanas.

Lía sonrió perversamente.

—Será porque nunca ha cenado unos manjares excesivamente condimentados —dijo—. Ten la seguridad que, hacia la medianoche, se despertará con una sed horrible y, teniendo un vaso de agua al alcance de la mano, ¿qué cosa más lógica que saciar su sed? Deja que yo me encargue de ello, Elgin.

—Muy bien, pero ten cuidado con la dosis de la droga. Si se te va a la mano, podrías causar un daño irreparable en su cerebro.

—Le administraré solamente la dosis necesaria para producirle unas cuantas visiones.

Burcott se paseó nuevamente por la estancia.

—No lo comprendo, no lo comprendo —murmuró—. Tenía que haber salido corriendo cuando se topó con la araña y, sin embargo, luchó contra ella y la venció. ¿Quién le ha imbuido esas ideas en su mente?

—Bueno, la cosa ha ocurrido a pleno día, Elgin —sugirió la enfermera—. En esos momentos, no estaba bajo el influjo de ninguna pesadilla. Sus defensas mentales estaban levantadas, en plena actividad, no debilitadas como ocurre cuando uno sueña.

—Tal vez sea como dices —admitió el siquiatra a regañadientes—. De todas formas, es un acto que me preocupa muchísimo.

—Después de lo de esta noche, sugiérele que se someta a una sesión de

hipnotismo para tratar de eliminar sus pesadillas. Estoy segura de que accederá.

—Veremos —contestó el doctor Burcott, sin comprometerse a nada.

* * *

May se despertó con una enorme sed. Tenía las fauces reseca y le parecía que no había bebido agua en un año.

Encendió la luz. Sobre la mesilla de noche, cubierto con un pañito blanco, divisó el vaso de agua que las mujeres que arreglaban las habitaciones colocaban todos los días. Sentándose en el lecho, alargó la mano, quitó el pañito y tomó el vaso.

El agua resbaló benéficamente a lo largo de su garganta reseca, haciéndola sentir un gran alivio. Bebió con ansia, casi con avidez de náufrago, terminando el contenido del vaso de una sola vez.

Se sintió mejor. Apagó la luz y se tendió de nuevo en el lecho. Reconfortada por la ingestión del líquido, no tardó mucho en dormirse nuevamente.

Empezó a soñar casi en el acto. Otra vez iba de la mano con aquel hombre tan simpático. Ahora se sentía mucho más animada y tranquila. Sabía que era su padre.

La piedra con las inscripciones había quedado atrás. De pronto, un tremendo obstáculo se alzó ante ambos.

Era un muro gigantesco, con grandes estrías, que parecían columnas de roca adheridas las unas a las otras. Era difícil ver el fin de las columnas; parecían perderse en lo alto del cielo azul.

Echó la cabeza hacia atrás y contempló aquel maravilloso resplandor. La voz de su padre sonó en sus oídos:

—*Está... tiene que estar por aquí... No puede hallarse demasiado lejos...*

Ella no hacía mucho caso de las palabras de su padre. El colorido azul del cielo la entusiasmaba.

De repente, el cielo se convirtió en una explosión de color rojo.

Lanzó un chillido de terror. ¿Por qué ardía el cielo?

En medio del rojo aparecieron unas largas lenguas serpenteantes de color amarillo. Parecían algas de fuego ondeando en un mar escarlata... Ahora eran también azules, violáceas, anaranjadas... Las columnas de piedra se retorcían y contorsionaban como si fueran seres vivos que padecían alguna extraña forma de locura.

Se agarró a las sábanas con ambas manos, temblando a causa de aquellas horribles visiones. Sus sentidos, terriblemente hiperestesiados, le hicieron creer que el simple roce de sus uñas contra el tejido del embozo

era el sonido de un vendaval arrasando un bosque entero. Gritó, pero no se oía a sí misma, y al mismo tiempo, le parecía que había un millón de mujeres aullando con ella.

Una araña monstruosa saltó en medio de aquel fuego de averno. Era enorme, gigantesca, grande como una casa de diez pisos. Parecía atravesar la ondulante barrera de llamas y se le arrojó encima con ánimo de devorarla. De repente, la araña estalló en una imposible explosión de colores, en los que aparecían mezclados todos los tonos del arco iris.

Las llamas se transformaron en serpenteantes arañas de multitud de colores. Eran sus patas las que se movían hacia arriba, agitándose con frenesí de serpientes coléricas hasta la exasperación. Los insectos ondulaban como si careciesen de su rigidez estructural, como si fuesen de trapos agitados por un viento que surgía de las entrañas de la tierra y enviaba a lo alto columnas de abrasadores cromatismos.

La visión se prolongó durante un rato que a ella le pareció una eternidad. Hubo un estallido final de fuego silencioso y aullante al mismo tiempo y luego, con rápida degradación, los colores fueron virando hacia tonos más oscuros, hasta fundirse en uno solo, en el color que no lo es y que solo significa la ausencia absoluta de luz: el negro. Cuando este color llegó, su conciencia se hallaba también ausente.

* * *

A la mañana siguiente, se encontró tan quebrantada, que no tuvo ánimos para levantarse de la cama. Entró una enfermera y le dijo con voz débil que deseaba ver al doctor Burcott.

El siquiatra llegó más tarde. Mostróse sumamente preocupado cuando ella le relató los sueños que había tenido.

—Es la primera vez que le sucede, creo —dijo.

—Así es, doctor. Hasta ahora, todos mis sueños se habían desarrollado en ambientes que podríamos llamar normales —contestó la muchacha.

Burcott la examinó atentamente.

—El estado del cuerpo es bueno, en general, aunque refleja físicamente la depresión-síquica que ha seguido a las pesadillas de esta noche. Parece —suspiró—, que no tendremos más remedio que recurrir a unas cuantas sesiones de hipnotismo para ver de suprimir definitiva mente esas pesadillas. Es una lástima —añadió—, porque en los últimos tiempos había mejorado usted considerablemente.

—Estoy dispuesta a hacer todo lo que usted me diga para curarme, doctor —declaró May.

—Muy bien. Vamos a dejar pasar todo el día de hoy. Le conviene descansar, tanto en lo físico como en lo mental. Estudiaré mis horarios y

por la noche le señalaré una hora para dar comienzo mañana al tratamiento hipnótico. ¿Le parece bien, señorita Canfield?

—Confío en usted plenamente, doctor —sonrió la muchacha.

—Entonces, no se preocupe de más. Curaremos ese complejo y expulsaremos de su mente para siempre a las arañas.

May se sintió más animada, hasta el punto de que tomó algún alimento poco después. Al terminar, se bañó y vistió y, ansiando distraerse, se encaminó hacia la ciudad.

Lía Rogers observó el detalle y se sintió preocupada.

—No debiste haberle permitido nunca que fuese a Frecko —dijo.

—Es mejor así, Lía —contestó el siquiatra.

—Algunos pueden reconocerla. Es más, estoy seguro de que ya la han reconocido —afirmó la enfermera.

—Precisamente por eso lo hago —declaró Burcott—. No estoy seguro del resultado de mis sesiones hipnóticas; a pesar de todo, pueden existir lagunas en su cerebro, que resultarían imposibles de llenar. Tal vez lo hagan por mí algunos de esos conocidos, mediante detalles que ignoramos, ¿comprendes?

—Estoy de acuerdo contigo. A la noche, dale otra dosis de lo mismo. Eso aumentará su receptividad, que es tanto como decir que disminuirán sus defensas mentales. En veinticuatro horas, si no más, esa chica vomitará todo cuanto sabe, te lo aseguro.

El opulento seno de la enfermera se dilató cuando tomó aire para llenarse los pulmones.

—Ojalá sea así —dijo; con los labios contraídos. “Si May Canfield habla... solo uno de los dos se aprovechará de su secreto”, pensó aviesamente.

CAPÍTULO XI

La señora Nelson se extrañó de la palidez del rostro de la muchacha, así como de los círculos violáceos que aparecían en torno a sus ojos.

—May, ¿qué te ha sucedido? —preguntó—. Tienes una cara desastrosa.

—He pasado una noche muy mala —confesó la muchacha.

—Seguro que en ese sanatorio te matan de hambre —dijo la buena mujer—. Te prepararé en un momento un buen trozo de pastel y una taza de café. Verás qué bien te sientes dentro de quince minutos.

—Mi madre es de las personas que opinan que todas las enfermedades se curan llenando el estómago —dijo Nelson, riendo, en aquel instante, desde la puerta que acababa de abrir—. Yo también tengo bastante apetito, mamá. ¿Querrás servir dos raciones de lo mismo? Hola, May.

—Hola, Hunny —saludó ella desmayadamente.

Nelson lanzó su sombrero sobre una silla cercana y tomó otra, sentándose a horcajadas frente a la muchacha.

—Desde luego, no creo que sea por falta de alimentación, pero tienes una cara muy mala —concordó—. ¿Qué te ha pasado?

—He tenido unas pesadillas espantosas —contestó ella—. No sé por qué; hacía tiempo que me sentía ya mucho mejor y dormía normalmente. Pero los sueños de esta noche han sido horribles de veras.

—¿Has hablado con el doctor Burcott? ¿Le has contado lo que te pasó?

—Sí, desde luego. Ha dicho que mañana me someterá a una sesión de hipnotismo.

Estaban en la cocina de la casa. Desde el fogón, la señora Nelson preguntó:

—¿Cómo esos tipos que salen en el circo?

—Algo por el estilo, aunque con fines muy diferentes, mamá —contestó el joven—. Se trata de un hipnotismo con fines curativos.

La señora Nelson empezó a disponer platos y tazas.

—Pues yo no me dejaría hacer eso ni por todo el oro del mundo —rezongó—. ¿Tan horribles eran tus pesadillas, May?

—Sí, tía Ellen —contestó May. Y acto seguido, conociendo instintivamente que necesitaba un desahogo, relató el sueño de la noche anterior, sin ocultar sus prolegómenos, cuando se veía caminando con su padre por el desierto.

Nelson se frotó la mandíbula.

—¿Dices que has visto a tu padre en sueños? —murmuró.

—Sí. Muchas veces. Y le oigo hablar. Vamos juntos de la mano por el

desierto...

Relató también los sueños anteriores, incluyendo su visión del túnel con las arañas y la caja de metal oxidado.

La madre del joven trajo el café y los pasteles. Nelson escuchaba con suma atención.

—Eso significa que viste morir a tu padre atacado por las arañas —dijo cuando ella concluyó su narración—. Por eso las mencionabas de una manera tan obsesionante, repitiendo esa única palabra. No es extraño que sufrieses tan fuerte “shock” mental. Si ocurrió como dices, hasta una persona sana soñaría con arañas durante el resto de sus días.

—Papá buscaba algo —exclamó May con vehemencia—. No sé qué era; solo recuerdo, por las confusas imágenes de mis sueños, que cavaba en el túnel... El pico arrancó chispas, lo sé mejor que otras cosas. Halló por fin una gran caja de metal oxidado y fue en ese momento cuando... cuando...

La señora Nelson intervino con cierta aspereza.

—¡Basta ya de charlas tontas! —exclamó enérgicamente—. Hunny, muchacho, ¿no ves que está a punto de desmayarse? Vamos, May, tómate ese café y olvida todo.

En efecto, la muchacha estaba muy pálida y respiraba afanosamente. Su frente estaba cubierta de finísimas gotas de sudor y sus manos temblaban tanto que le resultaba difícil mantener el plato con la taza.

Nelson meneó la cabeza.

—Que me perdone el doctor Burcott si le critico —dijo—. Yo no entiendo en absoluto de siquiatría, pero no me parece el método más adecuado para curar a una persona el de situarla frente al lugar donde han ocurrido los hechos que causaron los trastornos de su mente. Salvando las distancias, es un hecho parecido al del cazador, a quién le entregó una escopeta para que matase elefantes.

—Pero ha conseguido notables progresos —alegó May—. Ayer vi una tarántula y tuve el valor suficiente para matarla. Iba a atacarme...

—Las tarántulas, como la mayor parte de los animales fieros, no atacan jamás si no son atacadas —dijo el joven sentenciosamente—. Y lo más probable es que esa araña que viste ayer estuviera estudiándote y buscando, en su diminuto cerebro de insecto, el modo mejor de huir de aquel animal gigantesco que eras tú y que representaba para ella un tremendo peligro. Posiblemente, si hubieses dado un paso hacia ella, habría vuelto grupas y echado a correr a toda velocidad. La cosa hubiera sido distinta sí, por ejemplo, hubieses estado hurgando con la mano en el suelo y hubieras amenazado con destruir su nidal o causarle algún daño semejante, ¿comprendes?

—Es posible —convino May—. Pero nunca me había ocurrido soñar cosas tan espantosas. Eran unas visiones horribles, te lo aseguro.

—Bueno, el doctor Burcott te curará. Y si ves que no progresas, abandona el sanatorio y vente con nosotros. Haremos los posibles por que te vea otro médico y te aplique un tratamiento mejor.

May sonrió.

—Gracias, Hunny. —Miró a su madre—. Los dos son muy buenos conmigo.

—Pertenece a la familia, May —dijo llanamente la señora Nelson. Y añadió—: ¿Por qué no vas a ver al doctor Casey?

—Mamá —dijo el joven—, el doctor Casey es un médico de pueblo solamente. Fracturas, torceduras de tobillos, nacimientos y gripes, y de ahí no lo saques.

—A veces, estos médicos de pueblo consiguen más que las eminencias de las grandes ciudades. May, si no mejoras con ese sujeto, habla con el doctor Casey, te lo aconsejo.

—Así lo haré, tía Ellen —prometió la muchacha. De repente se quedó muy pensativa—. Hunny, ¿qué buscaría mi padre por estos parajes? —murmuró, como si hablase consigo misma.

—Lo de siempre. Alguna hipotética mina de oro —declaró la mujer.

—¿Tan cerca del pueblo? —exclamó Nelson.

El rostro de la muchacha continuaba indicando concentración.

—Recuerdo algunas de las frases que han surgido durante mis sueños —dijo en tono evocador.

—*Huye y vuelve cuando seas mujer... Lo que hay en esta caja será para ti...*

Repitió las frases en voz alta.

—¿Una caja? —murmuró Nelson—. ¿Qué contenía, May?

—No lo sé —respondió la muchacha.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Nelson dijo:

—Esa caja, contenga lo que contenga, no puede estar muy lejos de la ciudad. Hay que tener en cuenta que tú regresaste caminando y entonces tenías muy pocos años. No hubieras sido capaz de soportar una caminata de, digamos, veinte kilómetros. Aun tratándose de diez kilómetros tan solo, habrías tenido que pararte a descansar muchas veces.

—Eso creo yo —concordó la muchacha.

—En tus sueños, ¿no recuerdas nada, algún detalle particular, que pueda servirte de orientación para hallar el lugar donde tu padre encontró aquella caja misteriosa?

—Sí. Dos —contestó May. Y describió aquellas dos rocas—. Una de ellas la he encontrado.

—Y la otra, la roca de las inscripciones, yo sé dónde está —dijo Nelson—. ¿Te parecería bien que recorriésemos otro rato ese mismo camino?

—Es una buena idea —aprobó la muchacha—. Aunque no sé si sabré

soportar la visión de tantas arañas, Hunny.

El joven sonrió.

—Deja que yo me encargue de ello —dijo—. ¿Te parece bien que vaya mañana a buscarte, por ejemplo, a las diez de la mañana?

—Perfectamente —asintió May.

—Estáis chiflados los dos —rezongó Ellen Nelson.

May y el joven se miraron a los ojos. Sin necesidad de palabras, supieron en aquel momento que la chiflar dura a que aludía la buena señora era de muy distinto género.

Aquella noche, May volvió a tener una sed ardiente. Al ir a coger el vaso, le derribó inadvertidamente.

El vaso era de cristal irrompible y resistió el choque contra el suelo, amortiguado, además, por la alfombra que había al lado de la cama. Lanzando un suspiro, May se levantó, recogió el vaso y fue al cuarto de baño, donde pudo saciar su sed.

Luego regresó a la cama. Su sueño, aquella noche, fue más apacible que nunca.

* * *

Hunny Nelson estaba muy preocupado por lo que lo sucedía a la muchacha. Dábase cuenta de que empezaba a sentir por ella algo más que el afecto derivado de una simpatía mutua o de un parentesco que hasta hacía bien poco no había tenido de tal sino el nombre, y quería con toda sinceridad curarle aquellos sueños que tanto perturbaban no solo su mente, sino también su cuerpo. Persuadido de que todos los trastornos de May desaparecerían apenas encontrasen el lugar donde había muerto su padre, preparó una serie de cosas que asombraron no poco al doctor Casey a la mañana siguiente, cuando acertó a pasar por delante de la oficina y vio al joven muy atareado con aquellos adminículos.

Entró en la oficina.

—¿A dónde diablos vas con todos esos artefactos, muchacho? —inquirió, devorado por la curiosidad.

—Puede que le parezca chiflado, pero es muy probable que al fin se consiga hoy dilucidar el misterio de la desaparición de Ed Canfield, doctor —contestó Nelson.

El médico abrió la boca de par en par.

—Diablos —dijo—. ¿No te habrás vuelto tan loco como él y como su hija?

—La hija me preocupa, pero por otros motivos, doctor. Ve muchas pesadillas y me parece que se curarán una vez hayamos encontrado el lugar donde murió su padre y la causa que produjo el terror que todavía le dura.

—Es posible —convino el médico pensativamente—. Ese aparato parece un fumigador.

—Lo es, doctor. Para luchar contra las arañas, se necesita un buen insecticida.

Casey estaba enterado de lo que le ocurría a la muchacha.

—¿No será otra de sus pesadillas? —apuntó.

—No lo creo. Ahora, sus sueños toman otra derivación, mucho peor, según me parece.

La curiosidad profesional del galano de Frecko se sintió acicateada al escuchar aquellas palabras.

—Vamos a ver, cuéntame lo que le pasa ahora, Hunny.

—Yo no me invento nada —advirtió el joven—. Todo lo que va a escuchar es una repetición exacta de lo que ella me relató.

El doctor Casey escuchó en silencio. Al fin, dijo:

—Eso no son pesadillas, sino alucinaciones, Hunny.

—¿Pesadillas o alucinaciones, qué diablos de diferencia hay, doctor? —exclamó Nelson.

—Pues... es un poco difícil de explicar, porque son términos definitorios de unos fenómenos cuyos efectos se confunden a veces, aunque no sus causas —respondió el galeno—. Pero, vamos, en términos generales, diríase que una pesadilla es un producto natural de la mente, sometida al influjo de diversas presiones exteriores, todas ellas relacionadas de un modo más o menos directo con el sujeto que las padece, y cuyas causas pueden abarcar desde la mala digestión resultante de una cena copiosa a la contemplación de un hecho particularmente horroroso.

—¿Y las alucinaciones? —inquirió el joven.

—Este es un término ya un poco distinto —dijo el doctor Casey—. Una pesadilla puede ser alucinación, pero una alucinación no es siempre una pesadilla. La pesadilla se produce siempre durante el período de sueño del paciente, en tanto que la alucinación puede surgir, y de hecho así es casi siempre, durante su período de vigilia. Además, las alucinaciones tanto pueden ser naturales, como en el caso del pobre Frank Ress, como provocadas por distintos medios: hipnotismo o drogas, por ejemplo.

—¿Drogas? —repitió Nelson.

—Sí. ¿Los morfinómanos y cocainómanos, no ven visiones que no son otra cosa que alucinaciones? Pero no hace falta ir tan lejos; tenemos la mezcalina, que es el alcaloide del jugo de la planta mescal y que produce alucinaciones de lo que podríamos llamar tremendos efectos visuales: explosión de colores, curvatura de los objetos sólidos... En fin, muchas cosas; depende del paciente, Hunny. Esta es la antigua “hierba de la locura”, que tanto temían los ganaderos, porque las reses la comían y se volvían locas, iniciando estampidas o carreras, que solo concluían cuando

morían por agotamiento —el médico consultó su reloj—. Bueno, se me hace tarde, muchacho...

—Espere un momento, *doc* —dijo Nelson—. Estoy preocupado.

—¿Por qué? —le miró Casey interesadamente.

—May tuvo anoche unas espantosas alucinaciones. Creo que pasó un rato muy amargo.

—¿Y...?

—Pues que eso no me parece lógico en ella —afirmó el joven rotundamente—. Hasta ahora, siempre había tenido pesadillas, basadas en lo que vio hace muchísimos años.

—Las arañas.

—Exactamente. Pero nunca había visto una cosa semejante. Le parecía, me ha dicho, hallarse en el centro de un volcán en erupción —Nelson frunció el ceño—. Doctor, no me gusta lo que le está pasando a la chica.

—Bueno, está en manos de su siquiatra —alegó Casey.

Nelson se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho.

—Pero May sabe algo —murmuró pensativamente.

—¿Qué es lo que sabe?

—¿Qué había en la caja que encontró su padre en el sitio donde murió hará dieciocho o veinte años?

El galeno le miró sorprendido.

—¿Caja? —repitió.

En aquel momento los ojos del joven divisaron, por encima de la cabeza del galeno, la figura de un coche que se detenía frente a la puerta de su oficina. Estaba ocupado por dos sujetos y en los costados del mismo podía leerse una inscripción:

CITY OF LOS ANGELES
POLICE DEPT.

CAPÍTULO XII

Los dos hombres entraron en la oficina.

—¿El jefe de policía? —preguntó uno de ellos, un sujeto de cuarenta y tantos años, de figura delgada y mirada perspicaz.

—Soy el alguacil Nelson —se presentó el joven—. Este es el doctor Casey, médico de la localidad y forense cuando conviene.

—Encantado de conocerles —saludó el individuo—. Soy el inspector Cynn, de la policía de Los Ángeles. Este es el sargento Blaithe, mi ayudante.

—¿Qué tal, inspector? Mucho gusto, sargento —contestó Nelson. Casey dijo algo por el estilo y luego, el joven inquirió—: ¿En qué puedo serles útil, caballeros?

—Verá, alguacil Nelson —dijo Cynn—. Aquí carecemos de jurisdicción y necesitamos su ayuda para poder encontrar un millón de dólares que fueron robados hará unos diecinueve o veinte años y que, según nuestros informes, se encuentran escondidos en las inmediaciones de la localidad.

Nelson respingó. El doctor Casey silbó tenuemente.

—Vaya, no es precisamente la propinilla que me daban a mí todos los domingos cuando era pequeño.

Cynn sonrió. Nelson les ofreció sillas.

—Por favor —dijo.

Los dos policías se sentaron. El joven sacó cigarrillos.

—Es la primera noticia que tengo de ello —manifestó—. ¿Quién les ha dicho que ese millón de dólares se encuentra en Frecko? Bueno, en sus alrededores —se corrigió.

El inspector Cynn expulsó el humo de su cigarrillo.

—No es muy largo de contar —respondió—. Hace veinte años, más o menos, se cometió un robo, en el que el botín fue un millón de dólares que debían servir para pagar la nómina de los trabajadores de una importante empresa. Pese a las seguridades de todo género con que el dinero era transportado, el asalto tuvo pleno éxito.

—¿Y no fueron aprehendidos los ladrones? —preguntó Casey, quien, dominado por la curiosidad, había olvidado a sus enfermos.

—Pues, sí —respondió el policía—. Por etapas. Uno hoy, otro mañana... Pero el dinero no fue recuperado jamás. Dos de los ladrones fueron ejecutados; había muerto un guarda en el asalto al camión que transportaba el dinero. Otro fue condenado a cadena perpetua y murió a los

pocos años, en un motín, durante la represión. Recibió una descarga de los vigilantes de la penitenciaría y falleció en el acto.

—¿Y el cuarto?

—Ese fue el que menos pena recibió. Veinticinco años. Pero todos los indicios le acusaban a él como el autor de la ocultación del botín. Nunca quiso hablar, jamás dijo dónde había escondido el dinero.

—¿Y cómo lo han sabido ustedes ahora?

—Porque murió la semana pasada en la enfermería de San Quintín. Cuando el médico de la penitenciaría nos avisó de su grave estado, destacamos al sargento Blaithe, quien tomó el aspecto de uno de los guardianes de dicho establecimiento. Blaithe permaneció continuamente a su lado hasta que murió.

Nelson volvió los ojos hacia el sargento.

—Eso significa que el preso habló antes de morir —dijo.

—No exactamente, alguacil —contestó Blaithe—. Digamos más bien que deliraba.

—Y de ese delirio obtuvieron ustedes el nombre de esta localidad —intervino el galeno.

—Así es, *doc* —confirmó Blaithe—. El preso mencionaba frecuentemente este pueblo y una cueva. No daba más detalles; se ve que luchaba consigo mismo por continuar manteniendo su silencio.

—Pero nosotros opinamos que la cueva debe estar en las inmediaciones de la población —agregó el inspector—. No puede ser otra cosa, en vista de las pocas palabras que pronunció Burcott...

—¡*Burcott!* —repitió el joven explosivamente.

Cynn se sorprendió.

—¿Cómo? ¿Le conocía usted?

—Al preso, no. A alguien que lleva su mismo apellido.

—Es un siquiatra que dirige un sanatorio instalado a dos kilómetros de la ciudad —aclaró el doctor Casey.

Los policías se miraron.

—Burcott nunca habló de que tuviese un hermano —dijo Blaithe.

—Tampoco nosotros lo sabíamos —manifestó el médico.

—Aún no sabemos si de verdad eran hermanos —apuntó Nelson—. Llevan el mismo apellido... pero, presumiblemente, debían estar unidos por algún lazo de parentesco.

—¿Por qué dice usted eso, señor Nelson? —quiso saber el inspector Cynn.

—Porque, no estoy aún bien seguro de las razones, pero me parece que el doctor Burcott está buscando también ese dinero. Incluso —agregó con firme acento— conozco a quién, muy posiblemente, conoce el escondite.

El doctor Casey pegó un salto en el asiento.

—¿Cómo! ¿Crees tú que May sabe dónde escondió Burcott el millón de dólares?

Nelson volvió los ojos hacia Cynn.

—Inspector, ¿sabe usted cuál era la forma en que es taba envuelto, digámoslo así, el botín del robo? —preguntó.

—Estaba dentro de una gran caja de metal. No es que fuese una caja fuerte, sino que era de metal precisamente para mayor comodidad en el transporte. Como una maleta, más o menos.

Nelson miró al médico.

—May ha hablado de que ve una caja de metal en sus pesadillas, doctor.

—Tal vez tengas razón —convino Casey pensativamente.

—Por favor —dijo el inspector Cynn—, ¿pueden explicarme de qué están hablando?

—Un momento, inspector —rogó el joven—. Doctor, ¿cree usted posible que Ed Canfield conociera el escondite de ese dinero?

El galeno reflexionó durante algunos segundos.

—Nunca podremos conocer la verdad con toda exactitud, aunque sí imaginarnos cómo ocurrió la cosa —respondió al cabo—. Tú sabes que Ed Canfield merodeaba casi de continuo por el desierto. Es posible que viese o que hablase con Burcott accidentalmente. Burcott era forastero, tengámoslo en cuenta y, además, llevaba encima un millón de dólares. Es presumible que no se mostrase muy locuaz, pero tampoco podía aparecer descortés, a fin de no hacer entrar en sospechas a sus interlocutores. Inspector —preguntó el médico de pronto—, ¿se publicaron fotografías de los malhechores?

—De dos de ellos, inmediatamente después de producido el asalto —contestó Cynn—. Estaban fichados y teníamos su fotografía en los archivos. En cuanto a los otros dos, uno de los cuales era Burcott, se publicaron al ser aprehendidos.

Casey miró al joven triunfalmente.

—Imagínate la escena. Ed Canfield y Burcott se encuentran en el desierto, no lejos de la ciudad, por supuesto, y charlan unos minutos. A Ed tuvo que extrañarle bastante que un sujeto con aspecto ciudadano anduviese por aquellos parajes, aunque, de momento, como es lógico, no supo establecer la debida relación entre Burcott y el atraco. Debíó ser más tarde, al ver su fotografía en algún periódico, cuando se dio cuenta de que la presencia de Burcott en Frecko y sus inmediaciones se debía a que había venido a esconder el botín.

Nelson asintió.

—Y, claro está, harto de vagabundear por el desierto en busca de un oro que jamás encontraba, se dijo que aquella era la ocasión más propicia para

salir de la miseria de una vez para siempre.

—Y encontró la muerte —concluyó el médico.

—Mordido por una araña en la cueva donde Burcott escondió el botín.

—Por favor —rogó Cynn nuevamente—, ¿tienen la bondad de explicarme? Si Canfield murió, ¿cómo es que hay quien conoce el escondite del dinero?

—Se trata de su hija, inspector —contestó el joven—. En aquel tiempo era muy pequeña, apenas había cumplido los cuatro años, pero sufrió una serie de impresiones y presencié unas escenas tan fuertes, que se le han quedado grabadas indeleblemente en el cerebro. Naturalmente, ella no sabía, no podía saber, por su falta de discernimiento, lo que hacía su padre en aquellos momentos.

—Pero lo recuerda, que es lo importante —exclamó el sargento Blaithe.

—Lo recuerda de una manera subconsciente —corrigió el galeno—. En sueños, las visiones de las escenas que contempló entonces afloran de nuevo a la superficie. No recuerda bien todos los detalles, por supuesto, aunque yo creo que podría conseguirse bajo el influjo del hipnotismo.

Nelson se sobresaltó.

—¡Doctor! —exclamó.

—¿Qué te pasa, muchacho? —preguntó Casey.

—Las alucinaciones que tuvo May. Usted habló antes de la mezcalina.

—Sí, por cierto, ¿qué quieres decir con eso?

—Acompañé a May hasta el sanatorio, después de que estuvo en mi casa, y me dijo que hoy, seguramente, el doctor Burcott la sometería a una sesión de hipnotismo para curarle las pesadillas que le parece. ¿No será mejor que Burcott quiere conocer el lugar donde su hermano escondió un millón de dólares?

Casey se quedó con la boca abierta, lo mismo que los policías.

—Diablos —dijo el médico al fin—, es muy posible que sea cierto lo que dices. Aunque —añadió—, ¿por qué recurrir a May, si era hermano del atracador?

—Burcott no habló jamás a nadie del sitio donde había escondido el dinero —expresó el inspector Cynn—. Tal como lo conocí yo, era tipo que ni a su propio padre diría dónde tenía guardado un dólar, cuanto más un millón.

—Tendríamos que apresurarnos —apuntó el sargento—. Estamos ya sobre la buena pista...

Nelson extendió la mano. Miró al médico.

—Doc, ¿por qué ha empleado Burcott la mezcalina con la muchacha? —preguntó.

Casey reflexionó durante unos momentos.

—Sabe que la muchacha experimenta pesadillas con las arañas —dijo

—. Es una especulación, pero, a mí entender, con visos de realidad. La mezcalina ha sido empleada con objeto de aumentar los terrores de la muchacha y, naturalmente, sus deseos de librarse de semejantes visiones. May aceptará cualquier procedimiento terapéutico para no padecer jamás semejantes visiones, lo cual significa que estará predispuesta completamente a ser hipnotizada por Burcott. Y este, mediante tal procedimiento, le sacará el lugar donde su hermano escondió el dinero.

Cynn se puso en pie.

—Entonces debemos darnos prisa. Si esa sesión de hipnotismo ha tenido lugar ya corremos el peligro de que Burcott, para cubrirse después, ordene a la paciente que olvide absolutamente todo. En tal caso, si llegamos tarde, no encontraríamos jamás el dinero, porque Burcott escaparía en el acto con el botín.

—De acuerde —contestó el joven—. Ustedes nos llevarán con el coche, aunque, en el peor de los casos, ya conocemos dos puntos de referencia que podrían guiarnos tras la pista de Burcott.

Recogió el pulverizador de insecticida y la linterna y salió con los otros tres. Momentos después, el automóvil arrancaba a toda velocidad en dirección al sanatorio.

CAPÍTULO XIII

Estaba sentada en un sillón, cómodamente reclinada, frente a una mesa en la que había un extraño aparato.

Las cortinas tapaban por completo la luz del día que había nacido poco antes. Solo brillaba una lámpara, de una forma un tanto curiosa; parecía una linterna eléctrica, sujeta por un pie que la mantenía en posición horizontal a unos veinticinco centímetros de la superficie de la mesa.

Casi frente a la lámpara, pero de modo que quedase justamente en línea recta con el rostro de la muchacha, había un disco de unos quince centímetros de diámetro. Estaba montado también sobre un pie y en su cara anterior había incrustados numerosos trocitos de vidrios multicolores, semejantes, por su facetado, a piedras preciosas. Una pequeña correa sin fin unía la parte posterior del eje del disco a una polea que podía hacerse girar por medio de una manivela de tamaño adecuado.

El rostro del doctor Burcott quedaba fuera del campo luminoso. Su voz, transmitida por medio de un micrófono a un conjunto de altavoces hábilmente instalados, parecía brotar de todos los puntos a la vez.

Llagaba del techo, de las paredes, del suelo, envolviendo literalmente a la muchacha con las ondas acariciadoras de sus tonos persuasivos.

—Descanse, relaje sus músculos y su mente... Mire fijamente este disco, señorita Canfield... Procure no parpadear... Respire hondo y lentamente, llenándose bien los pulmones de aire a cada inspiración... Mire el disco... mire el disco...

La mano del siquiatra movió la manivela. La rueda con los vidrios empezó a girar con cierta lentitud.

Al caer la luz sobre los cristales de colores, surgían vivísimos destellos que duraban apenas una fracción de segundo. Burcott fue acelerando gradualmente la velocidad de rotación del disco, a la vez que su voz continuaba sonando en los oídos de la muchacha.

—Mire el disco, mire el disco... Relaje su mente... Descanse, descanse... Dormir es lo mejor para descansar. Tiene que dormir, May Canfield, así conseguirá olvidar las arañas... Tal vez ahora vuelva a verlas unos momentos, pero sus pesadillas quedarán curadas definitivamente... Duerma... duerma... D-U-E-R-M-A...

El pecho de la joven subía y bajaba rítmicamente. Sus párpados se cerraron, después de recibir los multicolores flogonazos de la rueda durante unos minutos.

—Ahora contestará a mis preguntas, May —dijo el médico—. ¿Me oye

usted?

—Sí, doctor, le oigo —contestó la chica con voz opaca.

—¿Se siente más descansada?

—Sí, doctor; ahora estoy muy bien.

—Estará mejor dentro de unos minutos. Hagamos un viaje juntos. Un viaje como el que usted hizo muchos años atrás de la mano de un hombre. ¿Lo recuerda?

—Sí, doctor, lo recuerdo perfectamente.

—Bien, entonces, salgamos del pueblo. ¿A dónde iremos primero?

Unas gotas de sudor brillaron en la frente de la muchacha.

—Caminamos un rato... no sé cuánto. Llegamos a la grieta y seguimos junto a ella como diez o quince minutos. Después, alcanzamos una piedra que parece una Y mayúscula...

Se interrumpió un momento.

—Descanse, si se siente fatigada. No tenemos prisa —dijo suavemente el siquiatra.

—No, doctor... no es necesario. Puedo caminar... Hace mucho calor. Encontramos una piedra grande. Hay escritas muchas cosas... No entiendo qué dicen, no sé leer...

Burcott y Lía Rogers se miraron en la penumbra que había tras la lámpara. Ambos sabían qué quería decir la muchacha.

—¿Y después?

—Giramos a la izquierda. Nos dirigimos a una torre muy alta, que llega hasta el cielo... Está a un cuarto de hora de la roca de los signos... Hay que subir una cuesta bastante aguda... Llegamos a la base... El hombre empieza a mirar cuidadosamente... Hay muchos matorrales y plantas extrañas en ese sitio... Encuentra un agujero oscuro, muy oscuro... Entramos. Lleva una luz en la mano. Empieza a cavar...

La agitación de la muchacha se acentuaba. El sudor hacía brillar su frente.

—Encuentra la caja... Una araña le pica. Grita... grita... ¡Es horrible, doctor! ¡Hay miles de arañas! ¡Sálveme de las arañas, por lo que más quiera! —clamó la joven con voz agónica.

Lía enjugó con un pañito el sudor de su frente. Burcott dijo:

—Las arañas se retiran. Se marchan. Ya no volverán más. Olvídelas por completo, ¿comprende? Las arañas no volverán más, May Canfield. Olvídelas, olvídelas... Ahora, duerma tranquila; ya no hay más arañas en su imaginación. Duerma... duerma... D-U-E-R-M-A...

La respiración de May se hizo normal. Un gesto de infinito alivio apareció en su rostro.

Burcott corrió ligeramente una de las cortinas, dejando entrar apenas un poco de luz. Pulsó un timbre.

Galton apareció a poco.

—¿Sí, doctor? —murmuró con aire estólido.

—Acabo de someter a la señorita Canfield a una sesión de hipnotismo. Llévela a la habitación y diga a la enfermera de turno que la arroje cuidadosamente y que la deje dormir todo lo que quiera.

—Sí, doctor.

Los fuertes brazos del enfermero levantaron el cuerpo de May como si fuese una pluma. Salió de la habitación.

Lía cerró con doble vuelta de llave.

—Ya conoces el escondite por fin —dijo, con los ojos muy brillantes.

—Sí. Ha costado, pero mereció la pena —sonrió Burcott.

—¿Qué piensas hacer ahora que ya lo sabes?

Burcott encendió un cigarrillo e inhaló el humo con gesto de verdadera satisfacción.

—Mi hermano fue siempre un sujeto muy reservando y no quiso decirme dónde había escondido el dinero. Para mí fue una suerte que esta pobre chica viniera a consultarme para aliviar sus pesadillas. —Suspiró profundamente—. Valió la pena la inversión que hicimos al mentar el sanatorio aquí.

—La inversión que hice —le corrigió Lía—. No olvides que el dinero era mío y que tú no hubieras podido hacer nada sin mi ayuda.

Burcott la estrechó fuertemente entre sus brazos.

—¿Y tú, no eres mi mejor inversión? —dijo.

Ella ronroneó como una gata.

—Me gusta oírte hablar así, Elgin, pero en estos momentos, me gustaría oírte hablar de una forma más distinta.

—¿Por ejemplo?

—De negocios. Dinero. Hay un millón que nos espera. ¿Por qué no aprovecharnos y largarnos cuanto antes del país? Estoy harta de curar y atender a tipos chiflados. Es dinero de nómina, lo cual significa que la numeración de los billetes no había sido tomada. Podríamos gastarlo inmediatamente... pero mejor será que lo hagamos en Europa. El Mediterráneo... —suspiré la enfermera evocadoramente.

—Muy bien. Vamos ahora mismo. Cuanto antes despachemos, mejor —dijo el médico.

La aprensión asomó repentinamente a los ojos de la mujer.

—¡Elgin! —dijo.

—¿Qué te pasa ahora, Lía? ¿Por qué pones esa cara, de preocupación? —inquirió el siquiatra.

—Las arañas —contestó ella.

—Vamos, vamos, ¿vas a tener ahora miedo de esos bichitos? El padre de la chica murió picado por una araña, pero eso no quiere decir que a

nosotros nos vaya a pasar lo mismo.

Lía sentía muchas aprensiones.

—Esa chica tenía aracnofobia, pero a mí me parece que me ocurre algo por el estilo —dijo.

Burcott la atrajo hacia sí.

—Está bien Quédate aquí si quieres. Yo iré a buscar el dinero y lo traeré al sanatorio.

—No.

La exclamación surgió inconteniblemente de los labios de la enfermera. Burcott sonrió, aunque su sonrisa no expresaba lo que sentía en su interior. Sabía que la codicia y la desconfianza podrían más que todas las aprensiones y todos los temores que Lía pudiera sentir.

—Iré contigo —dijo ella al fin.

—Me alegro. Y, ya lo verás; no hay arañas. Una o dos, todo lo más, pero bastará un taconazo para aplastarlas.

—May Canfield habló de miles —alegó Lía.

—Era muy pequeña cuando ocurrió —contestó el médico—. En aquellos momentos, vería una o dos, o una docena si quieres, pero nunca millares. Su imaginación sobreexcitada le jugó una mala pasada en instantes tan críticos, y lo que creyó ver se ha mantenido en su subconsciente hasta hoy, en que la he hecho que olvide su fobia para siempre —Burcott se echó a reír—. No está mal, ¿eh? ¡Un millón de dólares como minuta por una sesión de hipnotismo! ¡Pocos clientes volveré a tener tan generosos como May Canfield!

—Está bien —dijo Lía Rogers con aspereza—. Déjate ya de chácharas vanas. Voy a mí cuarto a quitarme la bata. Te espero en la entrada del edificio.

—De acuerdo.

Al salir la enfermera, Burcott abrió uno de los cajones de la mesa y extrajo del mismo un revólver de cañón corto y calibre 38. Hizo girar el tambor y escuchó complacidamente el tenue “crick-crack” de los engranajes.

Una torva sonrisa apareció en sus labios. ¿Cómo podía suponer aquella estúpida que compartiría con ella el millón de dólares?

Tenía que morir; era demasiado absorbente, autoritaria y ególatra. Él no soportaba a su lado una mujer de semejantes características.

Claro que quedaba un problema por resolver. Ella había dicho que si le ocurría algún “accidente”, la policía recibiría un sobre con determinados datos que podían perjudicarle demasiado. Pero para que tal cosa ocurriese era preciso que se diesen dos circunstancias: una, que se conociera la muerte de Lía Rogers. Si Ed Canfield había desaparecido y nadie sabía aún qué había sido de él, ¿por qué no iba a ocurrir lo mismo con la dominante

enfermera?

Y, segundo y principal: Iba a abandonar el país cuando tuviese el millón de dólares en la mano. Estaba ya más que harto de atender chiflados. Era hora de proporcionarse unos años, posiblemente hasta el fin de sus días, de absoluta holganza.

“¡Al diablo con la siquiatria!”, resumió sus pensamientos.

Guardó el revólver en el bolsillo y salió del cuarto.

CAPÍTULO XIV

El coche del Departamento de Policía de Los Ángeles se detuvo frente al sanatorio y los cuatro ocupantes se apearon sin más dilación.

Hunny Nelson iba al frente del pequeño grupo. Entraron en el edificio. Una enfermera salió a su encuentro.

—Buenos días —saludó el joven—. ¿Podemos hablar con el doctor Burcott?

—No sé dónde está —respondió la mujer—. Iré a verle inmediatamente.

—Gracias, señorita.

La enfermera volvió a poco, acompañada del fornido Galton.

—El doctor ha salido, alguacil —informó.

Nelson miró a Galton.

—¿Dónde ha ido? —preguntó.

—No lo sé —respondió el enfermero—. Salieron él y la enfermera jefe, señora Rogers.

—¿En automóvil? —se adelantó el inspector Cynn.

—No. A pie —dijo Galton—. Parecía como si fuesen de paseo.

Nelson y Cynn se miraron mutuamente.

—¿Dónde está la señorita Canfield? —preguntó el joven de repente.

—En su cuarto. Durmiendo. El doctor Burcott ordenó que la dejásemos dormir todo lo que quisiera.

Nelson consultó su reloj.

—Van a dar las diez. Ella y yo quedamos ayer en que vendría a buscarla a estas horas para salir de paseo. ¿Por qué está durmiendo tan tarde?

—El doctor Burcott la ha sometido a una sesión de hipnotismo, señor Nelson.

El joven volvió la vista hacia Casey. Este movió la cabeza.

—Deseo ver a la señorita Canfield —dijo.

Galton vaciló.

—El doctor Burcott...

—Soy el inspector Cynn, de la policía de Los Ángeles —habló este—. Parece ser que el doctor Burcott tiene ciertas cuentas pendientes con la justicia. No se oponga usted a la acción de la Ley, enfermero.

Galton cedió.

—Muy bien. Sígueme, por favor —emprendieron el ascenso, y Galton volvió la cabeza—. Espero que hagan saber al doctor Burcott que he

obedecido estrictamente las órdenes de ustedes y que, por lo tanto, la responsabilidad de lo que pueda ocurrirle a la paciente no es cosa mía.

—No se preocupe —dijo el médico—. Yo asumo toda la responsabilidad, cualquier responsabilidad.

—Así está mejor —dijo Galton, considerablemente aliviado.

Llegaron a la habitación de la muchacha. May dormía apaciblemente. Su rostro poseía una singular expresión de tranquilidad.

—Me gustaría hablar con ella, doctor —apuntó Nelson.

—No creo que pudiese decirte nada, muchacho. Posiblemente, si Burcott le ha sacado la noticia del lugar dónde está escondido el dinero, le habrá dado la orden de olvidarlo por completo. Lo cual no deja de constituir una enorme ventaja, porque de este modo, habrá desaparecido su aracnofobia para siempre.

—Muy bien. Entonces, ¿se quedará usted a cuidarla? Nosotros hemos de buscar al doctor y a su acompañante.

—Por supuesto —contestó Casey—. Yo me hago cargo del sanatorio entretanto se resuelve este condenado asunto. Me parece —añadió— que después de hoy, este sanatorio va a necesitar otro director.

Nelson se volvió hacia el enfermero.

—Galton, ¿cuánto tiempo hace que salieron el doctor Burcott y su acompañante?

—Una media hora, alguacil.

—Muy bien. Inspector, vamos a ver si conseguimos darles alcance.

—Lo mejor sería cogerles con las manos en la masa —sugirió Cynn.

—Lo mismo da. Pero no perdamos tiempo.

Nelson, Cynn y Blaithe salieron de la estancia y descendieron rápidamente hacia el vestíbulo.

—Con el coche les daremos alcance rápidamente —dijo el sargento Blaithe.

—Me temo que no podrá ser —contestó el joven—. El desierto, al menos por esta parte, no permite la utilización de vehículos.

—¿Tendremos que ir a pie? —gimió el inspector, amedrentado ante la perspectiva.

—No hay otro remedio —dijo Nelson en tono firme.

Se acercó al coche y se colgó a la espalda el pulverizador de insecticida. Tomó la linterna y señaló un punto:

—Hacia allí —exclamó.

Alcanzaron la roca indicada por May. Nelson se detuvo unos instantes y oteó el horizonte.

—La piedra de las inscripciones está en aquella dirección —señaló con la mano.

Reanudaron el camino bajo un sol de justicia. Los policías de Los

Ángeles, no habituados en absoluto a moverse en semejantes circunstancias ambientales, padecían mucho más que el joven.

Poco después, llegaron a la roca de las inscripciones. Cynn se quitó el sombrero y se abanicó el rostro sudoroso.

—Cúbrase inmediatamente —aconsejó el joven—. En estos parajes, coge usted una insolación en menos que canta un gallo. Puede desplomarse fulminado sin que se dé cuenta siquiera de lo que ocurre e incluso morir sin haber recobrado el conocimiento.

—Diablos con el desierto —gruñó Cynn, amedrentado ante lo que acababa de escuchar.

Nelson volvió a mirar en torno suyo.

—Este lugar no parece el más apropiado para que haya una cueva —murmuró.

—En aquella montaña, tal vez —sugirió el sargento Blaithe.

Su mano apuntaba a un cerro testigo, que alzaba su columnata de arenisca a unos mil doscientos metros de distancia. El cerro tendría unos ciento cincuenta metros de altura por la tercera parte de anchura, y su base era cónica, formada por los materiales que habían ido desprendiéndose de lo alto como consecuencia de cientos de siglos de continua erosión.

—Muy bien —convino el joven—. Exploremos hacia allí. De todas formas, la llanura no permite ocultarse demasiado a la gente. Si el doctor y la enfermera han hallado la cueva, saldrán y entonces los veremos indefectiblemente.

Reanudaron su camino. La distancia al pueblo era ahora de poco más de cuatro kilómetros. El cerro se hallaba en un punto casi equidistante de Frecko y del sanatorio.

Repentinamente, cuando habían cubierto la mitad del camino, oyeron unos sonidos que, aunque débiles, podían ser identificados fácilmente.

—¡Disparos! —gritó Nelson, lanzándose a la carrera inmediatamente.

* * *

Elgin Burcott y Lía Rogers terminaron la ascensión, sudorosos y jadeantes, deteniéndose en el punto exacto donde comenzaban los farallones verticales del cerro. La sombra que este proyectaba les protegió de los ardientes rayos solares.

—Bueno —dijo Burcott al cabo de unos segundos—, la chica habló de arbustos y matorrales que ocultaban la entrada.

—Aquí no hay ninguno —contestó la enfermera.

—Estarán al otro lado. Vamos.

El camino era incómodo más que difícil, debido a la pronunciada pendiente del cono de deyección, cuya ladera medía unos treinta y cinco o

cuarenta metros. Los pies de la pareja se hundían en la arena a veces y ello dificultaba su marcha considerablemente.

Dieron la vuelta completa al cerro y salieron a terreno batido por el sol. Entonces divisaron unos cuantos matorrales, de plantas de tipo desértico.

—¡Ahí es! —gritó Lía alborozadamente, echando a correr acto seguido.

Astutamente, Burcott dejó que ella se le adelantase. La enfermera alcanzó los arbustos y, con frenéticos movimientos, empezó a arrancarlos con ambas manos.

Las plantas salían con facilidad, debido a su poco enraizamiento en el terreno. Aun antes de haberlas arrancado todas, la entrada al túnel quedó ya visible.

Burcott llegó junto a Lía. En la mano izquierda llevaba una antorcha eléctrica.

—Dámela —pidió ella, olvidada, en su excitación, de cualquier posible peligro.

El médico accedió. La boca del túnel era pequeña; no mayor de un metro de altura por otro tanto de anchura. Lía se inclinó y, gateando, pasó al otro lado.

Burcott la siguió en el acto. Unos pasos más allá, la osquedad se ensanchaba y permitía mantenerse erguido. El resplandor de la antorcha disipó parcialmente las tinieblas.

Lía avanzó unos cuantos pasos. De pronto, el haz de rayos de la linterna iluminó unas cosas que blanqueaban en la oscuridad.

—¡Mira! —exclamó, estremeciéndose.

El esqueleto de un hombre yacía a cuatro pasos de distancia. Su monda calavera parecía contemplarles con una petrificada carcajada de burla.

Lía dejó escapar otro grito:

—¡La caja! ¡Ahí está!

A dos pasos del esqueleto podía verse una gran caja de metal, del tamaño aproximado de una maleta corriente. Poseída por una intensa excitación, Lía se arrodilló en el suelo.

Dejó la linterna a un lado y forcejeó para abrir la tapa de la caja. Entonces, silenciosamente, Burcott se situó detrás de ella con el revólver en la mano.

Apretó el gatillo dos veces, muy seguidas. Las detonaciones sonaron como cañonazos bajo el reducido ámbito de la cueva.

El cuerpo de la enfermera sufrió una terrible convulsión. Se irguió un instante sobre sus rodillas, como si fuese a ponerse en pie y luego, pesadamente, cayó de lado.

Fríamente, sin sentir el menor remordimiento, Burcott la cogió por los tobillos y la apartó a un lado. Ni siquiera la miró al arrodillarse junto a la caja.

Levantó la tapa. En aquel momento, algo saltó sobre él y le picó en la mano.

Durante una cortísima fracción de segundo, Burcott contempló fascinado el negro cuerpo de la araña que tenía sobre el dorso de la mano. Los cabellos se le erizaron de horror.

Sacudió la mano. La araña cayó al suelo y la pisoteó con furia. Dos arañas más surgieron de entre las grietas de la oquedad y corrieron hacia sus tobillos.

El pánico le enloqueció. Giró sobre sus talones. Era preciso llegar al sanatorio cuanto antes. Si sé daba prisa, conseguiría mantener el conocimiento lo suficiente para ordenar que le aplicasen una dosis de antídoto contra el veneno de las arañas. Generalmente, no era mortal, pero podía causar graves trastornos y, si la persona era débil físicamente, llegaba a morir. Pero si era fuerte y...

Sintió una picadura en la pantorrilla. Se agachó un poco y pegó una palmada en el lugar afectado, notando bajo la tela del pantalón un bulto de consistencia viscosa. Su terror aumentó; una araña había trepado por la pierna, en el interior de sus pantalones, sin que se diese cuenta.

Echó a correr. Tropezó y cayó, dándose un tremendo golpe en la frente. Se incorporó.

Entonces creyó oír un ruido horripilante. Era el ruido de centenares, de millares de arañas que galopaban velozmente por el suelo de la cueva, volvió la cabeza y sintió que los ojos se le desorbitaban por el pánico.

El suelo ennegrecía a causa de los miles y miles de insectos que corrían hacia él. Aparecían de todas partes, surgían del suelo, de las grietas, de los rincones... caían del techo como lluvia mortífera, asesina...

El veneno de las primeras picaduras empezó a hacer sus efectos. Se miró la mano derecha. Estaba hinchándose, se amorataba... En la pierna sintió un tremendo escozor, acompañado de la sensación de quemadura.

Trató de ponerse en pie. Y en aquel momento, la marea de los arácnidos le dio alcance y le sepultó bajo sus negras ondas. Chilló enloquecidamente, se debatió con movimientos epilépticos, aplastó unas cuantas arañas con manos y pies, pero eran demasiados animales contra él. Las toxinas invadían ya su sangre y circulaban cada vez más aceleradamente hacia su corazón y su cerebro. Gritaba, deliraba y se agitaba, cubierto materialmente por millares de arañas que no le daban tregua ni descanso en ningún instante. Las visiones de pesadilla empezaron a deslizarse con creciente rapidez hacia las sombras que indicaban la proximidad de la oscuridad total y definitiva.

Ya no pudo captar el rayo de luz que iluminaba sus últimos momentos. No pudo ver el rostro de Hunny Nelson ni tampoco la expresión de espanto que lucía en los ojos del joven.

Nelson se arrastró hacia afuera. Cynn y Blaithe se percataron al instante de la terrible palidez que cubría sus facciones.

—¿Qué ocurre? —gritó el inspector.

—Las arañas —jadeó Nelson, aterrorizado aún por lo que acababa de ver—. A cientos, a millares... Lo invaden todo... es imposible seguir adelante...

—¿Y el doctor Burcott? —preguntó Blaithe.

—Mató a la enfermera de dos tiros... Lo he visto claramente. Debió querer quedarse solo con el dinero... Posiblemente, los estampidos despertaron la furia de los animales —Nelson se recuperaba poco a poco —... es curioso; a ella no la han atacado.

—Está muerta —sentenció Cynn—. El enemigo para ellas, era el ser vivo, el doctor Burcott. Supongo —añadió— que no habrá salvación para él.

—Ha dejado de moverse —contestó Nelson—. Si se hubiera tratado de la picadura de una araña tan solo, habría tenido grandes probabilidades de sobrevivir; pese a lo que se diga, la picadura de la tarántula no es mortal en la mayoría de los casos. Pero son demasiadas picaduras y demasiado el veneno incorporado al torrente circulatorio.

Los dos policías contemplaron aprensivamente la entrada de la cueva.

—Pero el dinero está ahí —dijo Cynn—. Y es preciso recuperarlo.

—Tendremos que hacerlo con grandes precauciones. Usaremos primero el insecticida. Quizá no matemos a todas las arañas en el primer momento, pero después, el insecticida esparcido por todo el ámbito de la cueva irá haciendo sus efectos. Buscaremos pértigas y ganchos y sacaremos los cadáveres y la caja con el dinero. No va a ser una labor fácil, ciertamente.

—Lo conseguiremos, a pesar de todo —afirmó el inspector rotundamente.

* * *

Regresaron al sanatorio más tarde.

Era preciso esperar a que el insecticida, pulverizado al interior de la cueva, hiciera sus efectos. Había que traer más; posiblemente, no sería suficiente; era preciso también procurarse las pértigas y los ganchos. Pero ahora ya estaban seguros de haber recobrado el dinero robado veinte años atrás.

Nelson pensó que el padre de May había perecido víctima de su codicia. Pero, al mismo tiempo, en sus últimos instantes, había sabido sacrificarse por la niña, quedándose en la cueva deliberadamente para ser pasto de los horribles arácnidos y evitar que May pereciese también.

Sacudió la cabeza. Podía decirse que el drama había tocado a su fin.

El doctor Casey les salió al encuentro.

—¿Qué hay? —preguntó lacónicamente.

—Burcott asesinó a la enfermera. Las arañas lo mataron a él —contestó el joven.

Casey frunció el entrecejo.

—Esos ciento cincuenta mil dólares de la señora Owdrie no fueron obtenidos de manera muy clara —dijo—. He hablado con Ress. Salvo su manía contra los elefantes, discierne con claridad. Jura y perjura que él no colocó las piedrecitas en los cartuchos de fogeo. Imagínate lo demás.

—Sí —suspiró el joven—. Era un hombre perverso.

—No lo sabes bien —declaró el galeno—. Mientras estabais fuera, he averiguado algunas cosas. Tenía un cuarto con un proyector de cine, mediante el cual hacía aparecer arañas en el cuarto de la chica. También hay un circuito cerrado de televisión, que le servía para observar sus reacciones durante las pesadillas. Y, por último, he encontrado también un frasquito con mezcalina.

—Pero, ¿por qué hacía eso? —preguntó el joven, muy extrañado.

—Bueno, era una especie de lavado de cerebro “sui generis”. De este modo, llegó el momento en que le bastó poco más que mover los dedos para que May quedase hipnotizada. Y así supo el lugar donde... donde ha ido a pagar sus crímenes —concluyó el doctor Casey.

—¿Cómo está ella? ¿Puedo verla, doctor? —preguntó al joven ansiosamente.

El galeno emitió una risita llena de malicia.

—En este momento, más que un siquiatra, necesita la compañía de un alguacil de pueblo —contestó.

Nelson subió al cuarto de la muchacha. May estaba sentada en el lecho y tenía un aspecto considerablemente distinto del de los días anteriores.

Sonrió al verle.

—Hola, Hunny —dijo.

El joven avanzó hacia ella. Sentóse al borde de la cama y la miró a los ojos, a la vez que tomaba sus manos entre las suyas.

—May.

—Dime, Hunny —contestó la chica, dirigiéndole una profunda mirada.

—Tengo muchas cosas que contarte, referentes a tu padre, al doctor Burcott y a la caja misteriosa... pero prefiero dejarlas para mejor ocasión.

—Como quieras, Hunny —dijo ella apaciblemente.

—Ahora quisiera hablar de otro tema bien distinto.

—Tú dirás.

—Somos parientes, aunque lejanos —expresó Nelson—. A mí me gustaría, claro que contando contigo, estrechar aún más ese parentesco.

—¿De qué manera? —inquirió la muchacha.

—Bien, que yo sepa, solo hay una, me parece a mí.

May sonrió.

—Por mí parte, no hay inconveniente alguno, Hunny —contestó.

FIN



HORAS DE PESADILLA

por
BURTON HARE

Perdí el aliento durante unos segundos a la vista del cadáver. Sus ojos abiertos parecían cuentas de vidrio y como tales reflejaban la luz. No había ninguna duda de que se trataba de Holborn, como no la había de que hacía mucho tiempo que había muerto, cosa que comprobé al inclinarme sobre él. Sólo llevaba unos pantalones de deporte y una camisa de manga corta y que había sido blanca antes de quedar empapada de sangre. Al examinarla en aquellos instantes vi que no era más que algo rígido y acartonado de color pardo oscuro. Había dos agujeros en ella, uno de los cuales debía coincidir poco más o menos con su tetilla izquierda.

El cuerpo estaba tan rígido como si fuera de madera. Poco a poco, me incorporé sin salir todavía de mi estupefacción. Todo aquello se me antojaba una pesadilla y mi cerebro trabajaba a marchas forzadas mientras notaba el sudor deslizarse por mi espalda con una sensación helada.

*Uno de los más admirados autores policíacos
es, sin duda, BURTON HARE*

*...¡cuyas novelas se agotan a los pocos días
de su aparición!*

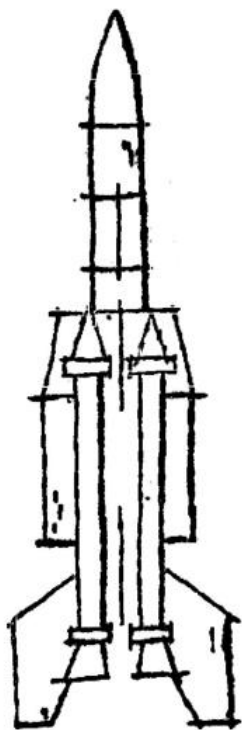
HORAS DE PESADILLA

es el último de sus éxitos

*¡Sea el primero en leer esta sensacional
novela!*

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: años mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

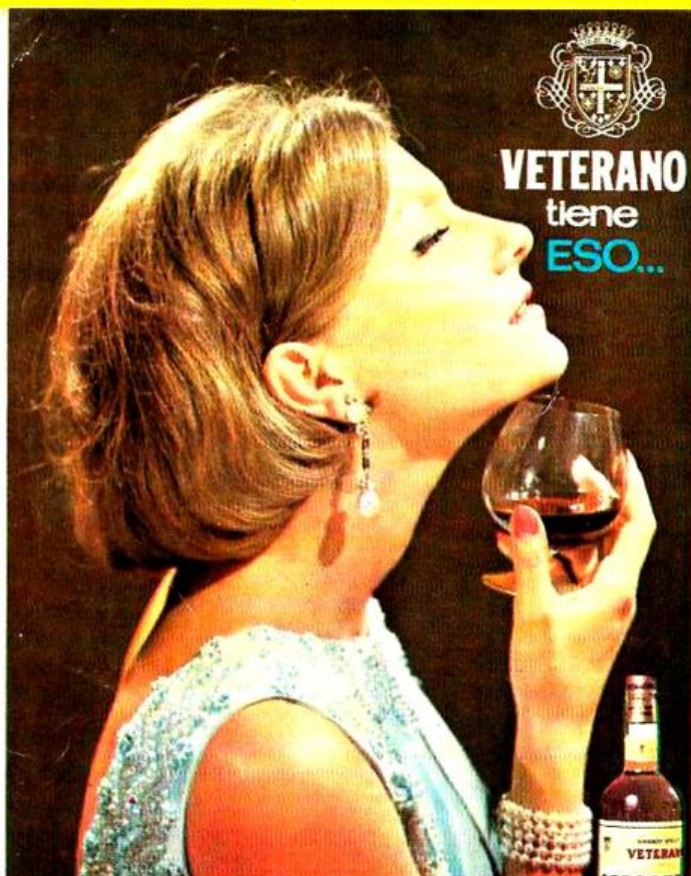




EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

OSBORNE

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772